BIBLIOTECA HUMANIDADES
Editada por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, de la Universidad de La Plata
Tomo XVI

LA CIUDAD DEL BOSQUE

VIÑETAS PLATENSES

POR

RAFAEL ALBERTO ARRIETA



LA PLATA
REPUBLICA ARGENTINA
—
1935

Art. 1º — La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Edución publicará una colección de obras originales de profesores, escritores y alumnos, que se denominará "Biblioteca Humanidades".

Art. 2º — De cada obra se imprimirán 600 ejemplares o un número menor, si la especialidad de la obra así lo requiere, entregándose 100 al autor. Los restantes se pondrán en venta al público y se distribuirán entre los institutos, bibliotecas o personas dedicadas a los estudios. A los alumnos de la Facultad se les facilitará la adquisición de las obras a precio de costo.

Art. 3º — La Facultad solicitará del honorable Consejo superior la suma necesaria para la publicación de la Biblioteca.

La Plata, 5 de octubre de 1921.

RICARDO LEVENE.
Decano

Carlos Heras
Secretario

IMPRENTA LÓPEZ · PERÚ 666 · BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Presidente

DR. RICARDO LEVENE

Vicepresidente

PROFESOR JOSÉ REZZANO

Secretario general interino

Abogado BERNARDO ROCHA

Miembros del Consejo Superior

Instituto del Observatorio: director: Ingeniero Félix Aguilar.

Instituto del Museo: Presidente de la Universidad en ejercicio de la Dirección: doctor Ricardo Levene; delegado, doctor Juan Keidel.

Facultad de química y farmacia: decano, doctor Antonio G. Pepe; delegado, doctor Juan E. Machado.

Facultad de ciencias físico-matemáticas: decano, ingeniero Guillermo C. Céspedes; delegado, ingeniero Justo Pascali.

Facultad de ciencias jurídicas y sociales: decano, doctor José Peco; delegado, doctor Enrique V. Galli.

Facultad de agronomía: decano, ingeniero agrónomo César Ferri; delegado, ingeniero agrónomo, Aníbal L. Guastavino.

Facultad de medicina veterinaria: decano, doctor Carlos J. B. Teobaldo; delegado, doctor Agustín Pardo.

Facultad de ciencias médicas: decano, doctor Héctor Dasso; delegado, doctor Oreste Adorni.

Escuela superior de bellas artes: director, señor Carlos López Buchardo; delegado, señor Rafael Peacan del Sar.

Facultad de humanidades y ciencias de la educación: decano, profesor José Rezzano; delegado, doctor Juan E. Cassani.

Delegados de los estudiantes: señor José Negri y señor Mario Chaneton.

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACION

Decano
PROFESOR JOSÉ REZZANO

Vicedecano
PROFESOR ARTURO MARASSO

Delegado al Consejo Superior
Doctor Juan E. Cassani

Secretario
Profesor Carlos Heras

Consejeros académicos
Romualdo Ardissone, Augusto Cortina, Luis J. Guerrero, Fernando Márquez Miranda, José A. Oría y Augusto Tapia.

Delegados de los estudiantes
A. Carlos Marfany y Pedro Laurencena.

CUERPO DOCENTE

SECCIÓN FILOSOFÍA Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

Historia de la filosofía: profesor titular, profesor Ernesto L. Figueroa.
Lógica: profesor titular, doctor Alfredo Franceschi; suplente, profesor Sansón Raskovsky.
Psicología: profesor titular, profesor Ernesto L. Figueroa.
Biología y sistema nervioso: profesor titular, doctor Christofredo Jakob.
Teoría e historia de las ciencias: profesor titular, señor Alberto Palcos.
Gnoseología y metafísica: profesor titular, profesor Coriolano Alberini; suplente doctor José A. Rodríguez Cometta.
Estética: profesor titular, doctor Luis J. Guerrero.
Filosofía de la Educación: profesor interino, profesor Juan Mantovani.
Etica: profesor titular, doctor Tomás D. Casares; suplente, señor Francisco Romero.
Introducción a la filosofía: profesor titular, profesor Coriolano Alberini.
Filosofía Contemporánea: profesor interino, señor Francisco Romero.
Legislación escolar: profesor titular, doctor Juan E. Cassani.

Didáctica general: profesor titular, profesor José Rezzano; adjunto profesor Juan Mantovani.
Psicopedagogía: profesor titular, doctor Alfredo D. Calcagno.
Seminario de ciencias de la educación: director, doctor Alfredo D. Calcagno.
Seminario de filosofía: director, profesor Ernesto L. Figueroa.
Director de Lectura y comentarios de textos filosóficos: doctor José A. Rodríguez Cometta.

SECCIÓN HISTORIA

Prehistoria argentina y americana: profesor titular, profesor Fernando Márquez Miranda.
Introducción a los estudios históricos argentinos y americanos: profesor titular, doctor Rómulo D. Carbia.
Historia argentina: profesor titular, doctor Ricardo Levene; adscripto, profesor Roberto H. Marfany.
Historia de la civilización antigua: profesor titular, profesor Pascual Guglianone.
Historia de la civilización moderna: profesor titular, profesor José A. Oría; suplente, profesor Ricardo Caillet Bois.
Historia argentina y americana contemporánea: profesor titular, profesor Carlos Heras; adscripto de *Historia argentina contemporánea*, profesor Carlos F. García; adscripto de *Historia americana contemporánea*, doctor Enrique M. Barba.
Historia de las religiones: profesor interino, señor Pascual Guaglianone.
Historia de la Historiografía: profesor interino, doctor Rómulo D. Carbia.
Geografía económica y política: profesor suplente, profesor Romualdo Ardissone.
Geografía economómica y política argentina: profesor titular, señor Augusto Tapia.
Geografía matemática: profesor interino, ingeniero Virginio Manganiello.
Sociología: profesor titular, doctor Ricardo Levene.
Seminario de historia: director, doctor Rómulo D. Carbia.

SECCIÓN LETRAS

Composición y gramática: profesor titular, señor Arturo Marasso; suplente, profesor Carmelo M. Bonet; adjunto, a cargo del curso de trabajos prácticos, doctor Augusto Cortina.
Literatura castellana: profesor titular, doctor Arturo Marasso; suplente, Señor Juan Millé Giménez.
Filología castellana: profesor extraordinario, doctor Amado Alonso.
Literatura de la Europa Meridional y Septentrional: profesor titular, señor Rafael Alberto Arrieta; suplente de *Literatura de la Europa Septentrional*, doctor Pedro Henriquez Ureña.

Literatura contemporánea: profesor suplente, doctor José María Monner Sans.
Literatura argentina y de la América española: profesor titular, doctor Arturo Capdevila; suplente, doctor Arturo Vázquez Cey.
Literatura griega y latina: profesor titular, doctor Leopoldo Longhi; adjunto de *literatura griega*, doctor José R. Destéfano.
Griego (*primer curso*): profesor titular, doctor Leopoldo Longhi; suplente *(2º curso)*: doctor Ramón Miguel Albesa.
Latín (1º *curso*): profesor titular, vacante, interino a cargo del curso doctor Ramón M. Albesa.
Latín (2º *curso*): interino a cargo de la cátedra doctor Enrique Francois.
Seminario de letras: director, profesor Carmelo M. Bonet.
Director de Lectura y comentarios de textos literarios: doctor Augusto Cortina.
Seminario de letras: director, profesor Carmelo M. Bonet.

SECCIÓN DEL PROFESORADO EN IDIOMAS VIVOS

Director honorario: profesor José A. Oría.
Gramática francesa moderna: profesor titular, profesor José A. Oría.
Idioma francés (conversación, composición, fonética) 1er. *curso*: profesora titular, profesora Elisa Esther Bordato.
Historia y literatura francesa: profesor interino, Dr. Enrique Francois.
Idioma francés (conversación, composición y fonética), 2º *curso*: profesora interina profesora Helena Harispe.

COMISIÓN DE BIBLIOTECAS Y PUBLICACIONES

Por la sección Historia: Profesores Rómulo D. Carbia y José A. Oría.
Por la sección Letras: Profesores Arturo Marasso y Rafael Alberto Arrieta.
Por la sección Filosofía y Ciencias de la Educación: Profesores Tomás D. Casares y Juan E. Cassani.

ESCUELA GRADUADA "JOAQUÍN V. GONZÁLEZ"

Director: profesor Vicente Rascio.
Vicedirectora: profesora Romilda P. de Mendióroz.
Encargado de turno: señor Antonio Rascio.
Profesores: María C. Arias Castro, Matilde E. de Blanco, Zulema Briasco, Esther Brito, Rosa Castells, Arminda B. de Casterán, Isabel Castro, Cristina M. de Ceppi, Margarita B. de Godoy, María E. L. de Desmarás, Emilia B. de Pérez Duprat, Agustina Fonrouge Miranda, Otilia I. P. de Izurieta, Magdalena Quijano, Lidia B. de Raymond, Idalia G. de Sagastume, Amelia N. de Silva, Susana Soula, Elvira Vicentini, Delia Zapata, José V. Caselli, Juan Lindquist, Jorge Garbarino, Federico Garbet, Arturo M. González, Eduardo Szelagowsky.

LA CIUDAD DEL BOSQUE

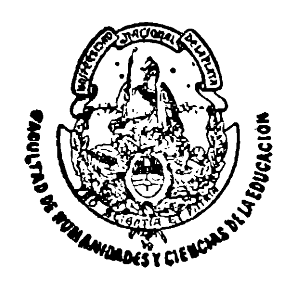
VIÑETAS PLATENSES

BIBLIOTECA HUMANIDADES
Editada por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, de la Universidad de La Plata
Tomo XVI

LA CIUDAD DEL BOSQUE

VIÑETAS PLATENSES

POR
RAFAEL ALBERTO ARRIETA



LA PLATA
REPUBLICA ARGENTINA
—
1935

Noel H. Sbarra

AL LECTOR

Este libro de viñetas platenses abarca, desde un mirador individual, un panorama de tres décadas. No agota, por cierto, los recuerdos locales del autor; mantiene así la probabilidad de acrecentar sus páginas con los preteridos, pues no quedan, entre éstos, los menos amados ni los más fugaces.

Una ciudad es el nexo temático de estas evocaciones. Aun los hombres que no le pertenecían, están aquí por su relación con ella; y ella da siempre ambiente o fondo a los bocetos de la galería — reunida sin preferencias ni exclusiones, y en la que más de un vacío mortifica, desde ahora, al evocador moroso...

Una ciudad alienta en las distintas partes del libro. Asoma su fisonomía cambiante junto a hombres, cosas e instituciones, de acuerdo con el momento vario en que se la sorprende; mas no se busque su historia ni la de sus forjadores... Porque el lector tiene ante sus ojos un álbum personal, compuesto, casi íntegramente — ¡como cada vida! — de imágenes dispersas e impresiones fragmentarias.

I

TRÍPTICO URBANO

I

EL BOSQUE

ERA un monte de estancia bonaerense, dueño de su libertad silvestre, sólo sujeto a la servidumbre de algunos hombres que vivían a su sombra compacta. Desde la copa de los torreros — columnarios eucaliptos que sobresalían del conjunto — dominaba, hacia el río, las tierras bajas y fangosas, los bañados ribereños, y hacia el lado opuesto, la verde llanura, las lomas suaves donde pacían los ganados y la mies dorábase.

Un día, ruidos insólitos que llegaban de cerca conmovieron su placidez. Los espíritus forestales, intérpretes de los misterios telúricos, reconocieron que aquellos ruidos no provenían de ninguna fuerza natural. Impotentes para esclarecer su origen, comunicaron su alarma al follaje sensitivo, a las raíces ávidas, a los troncos ufanos, a los huéspedes epífitos. Los ruidos continuaron. La comunidad vegetal perdió el sosiego. Interrogóse al viento. Y el viento fué contando, día tras día, cuanto lograba ver y oír en la colina eclógica, desventrada por el invasor.

Decenas de hombres habíanse instalado en ella. Acumulaban hierros, vigas, piedras, ladrillos; desgarraban la tierra; abrían pozos hirvientes. Oíanse voces de mando, martilleos incesantes, caídas

estruendosas, cantos exóticos, reniegos en lenguas distintas. Nubes de polvo y humo manchaban los aires. Carros enormes hundíanse en pantanos recientes. Fuegos multicolores, hogueras dispersas velaban la noche de los ocupantes...

Reconcentrado en su frágil intimidad, donde hasta el silencio negligente de las altas copas recogía oscuros presagios en el temblor de una hoja, el monte esperó el ataque.

Y llegaron las hachas. La ciudad naciente exigía su incorporación. Iba a perder, sin duda, muchos troncos, y su libertad salvaje. Pero ese tributo se compensaba con el honor de convertirse en parque de la ciudad maravillosa. El filo recio, al hundirse en las cortezas, al exorcizar la maraña, cantaba himnos a la luz. Hombres indiferentes magullaban los trebolares, rompían ramas, arrancaban los cortinajes de trepadoras, barrían la crujiente hojarasca. Volaban los pájaros, atontados, de un árbol a otro. Sólidas columnas cayeron estrepitosamente. Desmantelábanse umbríos pabellones. Abriéronse anchas calles... El monte campesino se trasformaba en bosque urbano. Y su alma candorosa y tímida refugióse en un rincón olvidado por las herramientas civilizadoras.

La mansión privada de los gobernadores buscó, a su vez, paz y oxígeno en el bosque, entre jardines enrejados. Las ciencias de la tierra y del cielo, celosas del paraíso de los estadistas, pidieron hospitalidad a la floresta, y nuevos desmontes la

brindaron al Museo general, trasladado de Buenos Aires y enriquecido con valiosas colecciones antropológicas, y al nuevo Observatorio astronómico. Exigió el hipódromo su bocado leonino, y lo obtuvo...

En tanto, los altos vigías comunicaban a la desperdigada familia las novedades de la ciudad. ¡Cómo había crecido en pocos años! Millares de casas alineábanse en las calles amplias y rectas. Las grandes masas arquitectónicas de los edificios públicos destacábanse en distintos barrios. Tres plazas arboladas escalonábanse directamente desde la catedral hasta el bosque. Y a la entrada de éste, un arco monumental confirmaba la jerarquía impar del dilecto parque...

No eran informes propicios para que el alma de torcaz del antiguo monte abandonara su rincón. Medrosa y cohibida, atisbaba las construcciones intrusas, el desfile de los paseantes. Hubiera deseado emigrar hacia el río y pedir amparo a la espesura de talas isleños. Pero la retenía una esperanza misteriosa. Había sorprendido un diálogo revelador... Los hombres de la ciudad estaban tristes. La miseria golpeaba a la puerta de los palacios. El desaliento y la hierba crecían juntos en las calles desiertas.

Y, corrido un tiempo, aquella alma agreste se atrevió a salir de su escondite. Avanzó tímidamente por la fronda y reconoció en seguida la reconquista de la naturaleza. Pequeños matorrales rodeaban la casa de los gobernadores. Osados

pabellones tejían su obstáculo a mitad de los senderos. La maleza ocupaba confiadamente los últimos caminos. Montones de hojas pútridas rellenaban los huecos ocasionales del terreno. Cantaban los pájaros como después del temporal. La madreselva tapizaba los pórticos abandonados. Y, hasta en la gran avenida, los despellejados eucaliptus con sus túrdigas colgantes, la calzada sucia y roída y las aceras hostiles, denotaban la rendición casi total del enemigo...

Pasaron años. Resurgía lentamente la ciudad, con actividad cautelosa. Una pulcritud urbana caracterizaba la reacción. Borrábanse los rastros del desfallecimiento y la incuria. Carpidores, rastrillos y podaderas intervinieron el parque, pero sin alterar mayormente sus encantos selváticos. Las hachas volvieron poco después. Nuevos institutos reclamaban espacio. La Universidad Nacional cavó extensos cimientos en dominios del sacrificado bosque. Decidieron los ediles dotar de un lago a la ciudad: fué preciso erradicar el corazón de la floresta para que dos góndolas indolentes rasgasen un espejo turbio. El Jardín Zoológico tenía que situarse necesariamente entre la espesura: ¿dónde hallarla sino entre aquellos árboles? Cuarteles y estadios buscaron, asimismo, su vecindad higiénica...

¡Y el alma del monte rural huyó para siempre, para siempre, del bosque civil!

II

LA CATEDRAL

LA ciudad, recién fundada, ordenó a sus artífices:

—Levantadme una catedral.

—¡Una catedral! — suspiraron aquéllos.

—Una catedral digna de mi opulencia — agregó la ciudad naciente —. Me dais palacios para oficinas públicas: ¿habré de conformarme con un templo modesto como San Ponciano? Pido una catedral... gótica.

—¡Una catedral gótica!

—Como la de Colonia, como la de Reims... pero sin copiar servilmente a ninguna.

—Esas obras fueron hijas de la fe de otros tiempos. Algunas tardaron centurias en ser construídas. La de Colonia, por ejemplo, comenzada hace seis siglos, ha sido terminada recientemente.

—¿No decís que soy el orgullo del esfuerzo argentino? ¿No me habéis hecho grande y suntuosa de un solo impulso? Exijo una catedral magnífica y la necesito pronto. Manos a la obra.

Y un resonante hosanna anunció a los vientos y a las nubes, a las llanuras y al río oceánico, la nueva maravilla. La Plata, ciudad de los prodigios, iba a levantar el templo más grandioso de

América del Sur: una catedral semejante en sus dimensiones y en sus líneas generales a la de Colonia, pero con características propias derivadas de una armoniosa adaptación de modelos distintos.

La población platense, habituada a los milagros, creyó que la vería alzarse con la rapidez de sus edificios públicos y midió en el espacio, con los ojos, la altura de las dos torres, calculada en 130 metros. Al presenciar la excavación de los cimientos en el lugar más alto de la ciudad, comprobó inmediatamente las proporciones gigantescas del templo: 120 metros de fondo y 60 de ancho en el crucero. La catedral tendría cinco naves; la central, de 44 metros de elevación hasta su bóveda.

Surgió la fábrica, entre cantos y rumores de activo taller. Una amplia abertura fué señalando el sitio de la gran puerta en la fachada principal. Abriéronse los huecos de los primeros ventanales. El vecindario vigilaba diariamente el crecimiento pujante de los muros. La mole humillaba ya las construcciones próximas. De lejos, destacábasela en el conjunto urbano, sólida, rojiza, zócalo monumental... ¡Y allí se detuvo, exhausta por el primer esfuerzo, sin haber cerrado aún los arcos concéntricos de su gran puerta!

Todo, alrededor, parecía asimismo paralizado. Como execrada por sus genios tutelares, la ciudad desfallecía y se entregaba, sin resistencia, al desaliento. El estupor de la catástrofe segó de un

golpe los entusiasmos, el orgullo intrépido, la desafiante confianza de la población platense. Una misma pesadumbre oscurecía las almas y las cosas. El dolor y la tristeza de la caída germinaban en rencores y acusaciones. Había en todos una hostilidad insensata contra todo. Y vióse entonces en los muros nacientes de la catedral la imagen del despilfarro urbano, la caricatura mordaz del esfuerzo desmesurado e inútil, el pesado reproche a la fatuidad de la ciudad entera...

Quienes habían medido ilusoriamente la altura de las torres en el espacio, vengábanse de su cándida credulidad mofándose de aquella masa de ladrillos: "¡He ahí la maravilla! Émula de la catedral de Colonia, ¿duplicarás sus largos siglos antes de ser lo que pretendían que fueses?"

Quienes habían soñado en iluminarse con el rayo irisado de sus vidrieras, reíanse amargamente de las aberturas entabladas: "¡Soberbia policromía! En esos tablones podridos que se oponen al sol, tienes historiado el destino de la ciudad".

Quienes habían imaginado las esculturas, las tracerías, los relieves de la fachada, miraban el musgo de las paredes y decían con sarcasmo: "¡Hermoso friso!"

La mole era, en verdad, como una ruina. El contemplador reconocía en ella el símbolo de un gran sueño frustrado, el muñón emblemático de la ciudad. Silencio de fortaleza abandonada cercaba el rumoroso taller de otros días. Pátina de renunciamiento y muerte sellaba la interrumpida

construcción. Y al llegar la noche y sumergirse en sombras, chillones duendes que habitaban la cima de los paredones partían de sus escondrijos, corporizados en lechuzas...

El penoso resurgimiento de la ciudad alcanzó a la obra. Suyas fueron las vicisitudes de las finanzas provinciales. Vivió de promesas y migajas. Cuando los recursos no permitían otra cosa, agregábansele algunas hiladas de ladrillo, sin que la población despreocupada lo advirtiera, pues un metro más no parecía alterar la altura de la construcción y eran pocos los interesados en verificarlo. Cerráronse los arcos de la puerta central; pero el vecindario lo ignoraba o veía el lento progreso con escepticismo. La pared que cercaba gran parte de la manzana mantenía ocultas las actividades interiores. A veces, el transeúnte oía allá adentro, en los terrenos laterales de la obra, voces y ruidos, o reconocía en claros repiqueteos la canción de la piedra floreciente. ¿Labrábanse, tal vez, plintos y capiteles?

Se sumaba un día al anterior y una hilada a otra... El transeúnte distraído cruzaba cierta noche la plaza más amplia de la ciudad. Levantó los ojos y descubrió una constelación encuadrada por inmenso marco. Mientras avanzaba, advirtió que una muralla elevadísima, espectral, aligerada en el claroscuro del ambiente, parecía avanzar hacia él... ¡La catedral! ¿Cuándo? ¿Cómo? Pero, ¿no soñaba? ¡La catedral crecida hasta su cornisa

superior, con su ventanal de 15 metros y sus ojivas laterales, y el tímpano ya iniciado entre los espacios que ocuparán las torres! Pasó de una calle a otra, del frente a los costados y al ábside, y contempló por vez primera, con asombro y admiración, aquel exterior impresionante, arbolado de pilares y botareles...

Ya no veréis las estrellas dentro del ventanal frontero: enorme rosetón lo decora y se ha techado casi íntegramente el templo. Trabájase en el interior con silenciosa constancia. En la penumbra polvorosa de la inmensa oquedad, continuamente cruzada por centenares de palomas que anidan sobre los capiteles, sorprende al visitante la pétrea arborescencia que, desde las columnas fasciculadas a los calados arbotantes y a las aristas que destacan el entrelazamiento de las bóvedas, recorre todas las naves y llega ya hasta las capillas absidiales. ¿Cuántos años se emplearán todavía en terminar la obra? Probablemente, los que le faltan para alcanzar el término normal de una vida humana. Y si así fuese, la ciudad podrá decir aún a sus artífices:

—Habéis cumplido satisfactoriamente mis órdenes.

III

EL PUERTO

SE extinguía el poniente detrás de la ciudad distante, y la noche llegaba del río, invadiendo el gran dock, las poblaciones laterales, los fangosos astilleros de los pescadores, los selváticos zanjones donde el botero amarra su pequeña embarcación. Un buque de carga, único ocupante de la dársena, reposaba, sombrío y callado, junto al muelle desierto, a las grúas inmóviles, a los cerrados depósitos. Encendiéronse luces dispersas a ambos lados del canal, y algunas cayeron al agua y quedaron clavadas verticalmente, como puñales, al pie de los murallones. Un silencio sin grietas cristalizaba la noche creciente sobre el puerto. Una voz varonil lo hendió y derramóse, límpida y melancólica, en la claridad mortecina de la tarde. Cantilena de tripulante, nostálgica en todos los puertos de la ruta, convocó a las primeras estrellas y reveló en torno de su acento solitario la hondura de la quietud crepuscular. Al cesar la voz, el silencio fragilizado quedó como suspenso y palpitante en la soledad...

—Hermosa voz.

—Magnífico silenció.

Dos hombres paseaban por el muelle, cerca del

barco, aspirando la frescura sin brisa de la oscuridad y el agua, después de un día bochornoso.

—Parece un puerto abandonado... ¿Siempre está así?

—Casi siempre. Su actividad es muy escasa. Nunca logró aproximarse a lo que se esperaba. Mi padre, antiguo vecino del viejo pueblo de la Ensenada, lo vió construir. Y él, como todos, creyó entonces que este puerto sería el más importante de la República.

—¿Cuándo fué construído?

—Comenzó la obra un año después de fundada la ciudad. Pero puede decirse que el puerto decidió la ubicación de aquélla. Marinos e ingenieros, estadistas como Rivadavia, habían señalado a la Ensenada de Barragán, desde mucho antes, como el puerto predestinado que convenía a Buenos Aires, aun cuando los medios de comunicación de la época triplicaban la distancia. Todas sus ventajas podían estar, pues, al servicio de una ciudad vecina, y La Plata nació a pocos kilómetros de aquí. En su mensaje a la Legislatura, el poder ejecutivo provincial sembraba un entusiasmo contagioso... Por su mayor proximidad a la embocadura del Río de la Plata, el puerto de la Ensenada no tendría rivales. Una vez ligado a la red general de comunicaciones por un corto ramal ferroviario, y dada su situación en la línea costeña de la provincia, era sencillo prever aquí una poderosa concentración comercial... En este muelle desembarcarían los inmigrantes; poco más allá

tendría la nación sus naves de guerra... La ciudad vecina alcanzaría una prosperidad inmediata, pues el gran puerto estaba llamado a producir una revolución económica en el país.

—¡Grandioso sueño!

—Este dock mide 1.145 metros de largo, pero en previsión de las necesidades futuras, reservóse, para extensión del mismo, la faja de terreno que, flanqueada por los dos canales construídos, llega hasta los límites de la ciudad, donde se abrirían cuatro diques, uno de los cuales, destinado a cabotaje, construyóse en seguida en el extremo del canal del Oeste.

—¡Grandioso sueño!

—Sueño herido de muerte en el preciso momento de convertirse en realidad, o sea cuando el gobernador don Máximo Paz abrió esta obra a la navegación y al comercio... Buenos Aires construía simultáneamente su puerto y lo inauguró en 1889. Fué un golpe decisivo; lo absorbió todo, desbaratando los cálculos y las esperanzas provinciales. Reducido el puerto platense a la inacción casi absoluta, la ciudad que debía florecer a su sombra marchitóse repentinamente.... Años más tarde, siendo gobernador don Marcelino Ugarte, la provincia traspasó este puerto al gobierno nacional.

—¿Con qué resultados? Porque esta desolación...

—Renacieron las esperanzas; pero apenas se notó el cambio. La instalación de los dos grandes

frigoríficos que emplean centenares de obreros, fué luego una aportación valiosa, sin duda. De ellos nació Beriso, población de casas de lata y chapas de cinc, entre pantanos, que poco a poco las reemplaza por construcciones más sólidas y hasta elegantes, que se ha extendido en forma sorprendente, que pavimenta sus calles y ornamenta avenidas donde pululan niños sanos y alegres, de cabellos rubios, de ojos claros, hijos de inmigrantes de razas fuertes y laboriosas. También habrá advertido usted las grandes instalaciones de la destilería fiscal de petróleo, a corta distancia de este dock. Pero el puerto de La Plata no es por ello un bosque de mástiles. Y ese barco solitario lo demuestra...

Silbó una locomotora que iba a Río Santiago, y su estridencia rasgó la noche cálida. Se rehizo el silencio. Y mientras se alejaban por la calle que conduce a la estación de la Ensenada, los interlocutores oyeron, nítido y jubiloso, un concierto de flautistas palustres.

II

FIGURAS LEJANAS

EL FUNDADOR

VIVIA en la capital federal, en el corazón de la metrópoli perdida por la provincia homónima. Envejecía plácidamente en su casa, en la gran casa que le regalaran sus amigos, como está inscripto en el frontis. Allí adentro había muros de anaqueles, dentados de lomos multicolores, y vitrinas pobladas de una flora joyante. Vivía entre libros y porcelanas, en un silencio aliado de voces tácitas y alertas.

Todos los años, en la noche del 18 de noviembre, anunciaba risueñamente a quienes le rodeaban:

—Mañana es el aniversario de mi hija. Pasaré el día con ella...

Su hija era una ciudad de 60, de 80, de 100, de 150.000 habitantes. Él la había soñado, la había creado en su cerebro, siendo gobernador de la provincia decapitada, antes que legisladores, banqueros, topógrafos, ingenieros, empresarios y pobladores llegaran a darle existencia legal, material y social. Sumó días y noches hojeando henchidas carpetas, álbumes universales, portulanos, cartas geográficas, historias y estadísticas. Y el 19 de noviembre de 1882, subió al tren oficial, en Buenos Aires, con numerosa comitiva, y descendió,

una hora después, en los aledaños de la ciudad futura.

¡Nadie oyó las terrosas interjecciones que tronaron, desde los puñados de nada, en los osarios de la historia! Pero los otros fundadores — capitanes del Rey, conquistadores, argonautas de Indias — debieron de estremecerse, en su fosa tres veces centenaria, y rugir. ¡Lo que ellos habían penado para llegar, maltrechos, carbonizados por el sol de América, a orillas de un río, al pie de un cerro, y poder cortar la ritual mata de hierba, y dar sus cuchilladas al aire, en señal de dominio! Así quedaron fundadas las futuras capitales de las provincias argentinas, al son de trompetas y cajas, bajo una descarga de arcabuces, ante prelados y soldadesca y séquito administrativo y bestias emporcadas y carros desvencijados y sendas frescas, recién abiertas por los expedicionarios, a través de selvas y páramos. ¡Y ahora llegaban el fundador, y las autoridades, y los batallones, y los curiosos, cómodamente trasportados, sobre rieles, casi hasta el sitio de la ceremonia!

Un cofre de ébano y metales preciosos, depositario de pliegos alusivos y medallas conmemorativas, fué bajado hasta la piedra fundamental, al fondo de la cámara subterránea que prepararan corporativamente los primeros maestros de obras de la urbe. El fundador volcó una cucharadita de argamasa con llana de oro incrustada de brillantes. Volaron palabras, músicas, detonaciones...

Muchos años después, en las barberías de pueblo, entre dos láminas exóticas que iluminaban la alcoba trágica de Otelo y el jardín endemoniado de Margarita, y en los almacenes de campaña, entre un número viejo del *Don Quijote* de Sojo y el anuncio de un sarnífugo, una litografía chillona perpetuaba el acto trascendental de la fundación de La Plata...

Invitado por los gobernadores sucesivos, el exgobernador asistía anualmente a los festejos. Hubo aniversarios que parecieron de expiación. La ciudad frustrada ensañábase con su más ardiente soñador y su primer obrero, mostrándose ruinosa y desolada. Luego llegaron años de resurgimiento, de esplendor, aunque distinto al imaginado... La gran ciudad estrepitosa, humeante, hormigueante, que predijera su fundador, era una ciudad callada y trasparente, de paz extática. Armonizaba con el espíritu de la senectud, y el fundador fué adaptándose a ella hasta olvidar, tal vez, la otra... Sonriente, afable, saludaba, con el sombrero de copa, desde el carruaje de gala, desde la tribuna oficial del hipódromo, desde el balcón de la casa de gobierno, desde el palco del teatro Argentino, al público platense que lo aplaudía con cariño. Cerrábasele así, definitivamente, la herida más honda, en la serenidad de su crepúsculo...

EL SABIO

EVOCAMOS a un sabio auténtico. Pero éste de La Plata no era uno de esos sabios que asustan a los niños. También es cierto que no usaba luengas barbas, ni largas uñas, ni parecía hosco, irascible o insocial. Nuestro sabio tenía un rostro franco y limpio, un simpático aspecto, un trato amable, y era dueño de un pequeño comercio de librería, en la esquina de una calle ancha, arbolada, desierta, alejada del centro de la ciudad. Atendían a los clientes, cuando él estaba ausente u ocupado, una mujer desgreñada y un viejecito pulcro. Junto al despacho — entrando, a mano izquierda — había una habitación llena de huesos, donde el librero solía trabajar en mangas de camisa. Cuando llegaba alguien, aquel hombre interrumpía sus extrañas tareas — asombro de los niños de una escuela próxima — poníase un guardapolvo y pasaba al mostrador. A veces, el recién llegado era un alumno del Colegio Nacional que iba en busca de un libro. Conversaban. El estudiante necesitaba datos para desarrollar un tema de ciencias naturales y revolvía obras. El librero tomaba entonces la palabra y hacía una exposición clara y sencilla que dejaba perplejo al jovencito. ¿Cómo sabía esas cosas aquel comerciante? Y el

hombre tornaba a su habitación y calábase las gafas para seguir contemplando huesos raros.

Un día, los diarios y las revistas publicaron su retrato con elogiosos artículos. Había sido nombrado director del Museo de Historia Natural de Buenos Aires. El estudiante A o B reconoció a su amigo y se quedó con la boca abierta. ¡Cómo! ¿Aquel hombre era un paleontólogo ilustre? Y volvió con tímida curiosidad a la librería. Pero el sabio lo saludó como siempre, y le despachó cinco centavos de plumas...

El alto cargo obligó al director a viajar diariamente a la capital federal. Desde su casa a la estación iba a pie, todas las mañanas. Mas no se crea que iba, como otros sabios, con las narices en el suelo, tropezando con todo el mundo. No; caminaba juvenilmente, con la cabeza erguida, a paso largo, moviendo los brazos como remos y haciendo flotar al aire los faldones de su chaqué. Luego, en el tren, hacía tertulia con otros viajeros. Nada muestra, sin embargo, con mayor evidencia, la sencillez de aquel sabio y su espíritu de solidaridad, que el siguiente hecho: habiendo aumentado la empresa del ferrocarril el precio de los pasajes, muchos abonados a primera clase resolvieron, en son de protesta, tomar abono a segunda y viajar en los incómodos coches. Don Florentino Ameghino encabezó la "rebelión"...

EL POETA

DON Pedro era un hombre recio y cobrizo, de estatura mediana y amplio tórax. Tenía el rostro variolado, el cráneo calvo, las manos finas. Su voz, su gran voz, era clarísima y viril. Pronunciaba como un profesor de dicción. Accionaba de modo inconfundible, acompañando sus afirmaciones temerarias con un puntazo del pulgar diestro en el pecho, descargando puñetazos formidables sobre una mesa, cubriéndose las sienes con los dedos estirados, dándose sonoras palmadas en la frente. Los ojos relampagueaban con fiereza detrás de los espejuelos o se nublaban de lágrimas. Reía con risa franca, estruendosa, infantil. Fumaba sin descanso y en tres o cuatro chupadas consumía el cigarrillo. Cierta vez se propuso abandonar el vicio y pasó algunos días masticando palitos de sauce.

Don Pedro vivió en La Plata muchos años, hasta su muerte. Ocupó varias casas, en sitios diametralmente opuestos de la ciudad. Nos place evocarlo en una de tres o cuatro piezas y gran solar, cerca de las vías del ferrocarril, en un rincón de la diagonal 74. Su cuarto de trabajo estaba alfombrado de papeles: cuartillas, diarios, revistas. Dos o tres chicuelos a quienes enseñaba a

leer y a dibujar, le cebaban mate, le servían, le acompañaban y solían decir al visitante: "Dice don Pedro que no está".

Su bondad era proverbial, su generosidad sin límites. Corren al respecto cien anécdotas, no pocas inventadas por sus panegiristas. Su pobreza fué, casi siempre, franciscana. Amaba a Cristo, discutía con Cristo, lo desafiaba. Un día, mientras nos leía *Trémolo,* sentado a su mesita, frente a un crucifijo de metal — no recordamos si formaba parte del tintero —, por poco lo decapita a manotazos.

(¡Ah! Don Pedro era poeta).

Don Pedro sabía algunas cosas muy bien, sabía otras a su manera e ignoraba orgullosamente el resto. Tenía adivinaciones geniales; no estudiaba; leía con delectación novelas realistas en ediciones castellanas de Garnier y Maucci. Poseía un ropero-biblioteca, lleno de libros, de piezas de vestir, de periódicos viejos; también la humilde vajilla solía ocupar alguno de los estantes. En el piso yacía una pila de diccionarios destripados. Los manuscritos de sus originales recientes, con su letra clara y las repetidas tachaduras que denotaban el tenaz y paciente combate con la palabra rebelde, volaban por la habitación.

Don Pedro hacía, cuando estaba en vena, ante sus amigos, disertaciones pintorescas que lograban, a menudo, altísima elocuencia, o leía admirablemente algún antiguo discurso, de párrafos torrenciales, que ponían a prueba su voz y sus pul-

mones. Contadas veces permitió que se le contradijera, siendo él la contradicción misma. Sus admoniciones eran apocalípticas, sus juicios, lapidarios. En dos palabras mordaces retrataba a un personaje. Lucía una rapidez certera para los motes, agudísimos siempre. En sus charlas, manejaba hábilmente el humorismo. Y era temible la descarga de su indignación. Tenía un ídolo: Sarmiento, único nombre que pronunciara con invariable respeto. Odiaba las feminidades; admiraba el valor, la integridad moral, las actitudes heroicas. La cuerda cívica estuvo siempre tensa en su arpa.

¿Pero dijimos que era poeta? Don Pedro — como se le llamaba familiarmente en La Plata — firmaba sus trabajos con un seudónimo: *Almafuerte.*

EN BLANCO MAYOR

EMBEBIDA en la luz del verano, la ciudad soporta el fuego torrencial de la siesta.

(La ciudad no cuenta todavía un cuarto de siglo de fundada, y ya ha perdido pujanza y esplendor. La obra inconclusa parece decrépita. Las calles, desiertas, herbosas, descoloridas. El sol se instala en ellas como en los arenales).

Una diagonal ancha, larga, reverberante, candente. Ni una orlita de sombra. Ni un rumor. Nadie.

Sí, allá, al fondo...

Una figura blanca. ¿Hombre? ¿Mujer? ¿Un copo de nube? ¡Todo menos nieve!

Avanza sin derretirse, sin deformarse, sin desvanecerse, y no trae prisa. Es un hombre alto, enteramente vestido de blanco, bajo un quitasol blanco.

Avanza por la acera quemante, con majestad de emperador africano, mirando, observando, buscando no se sabe qué.

¡Ah! Es el sabio botánico de la ciudad, el temerario explorador de las espesuras chaqueñas, el amigo del sol y de los reptiles, el mago coleccio-

nista que conoce el lenguaje y el secreto del mundo forestal de Brocelianda.

Es don Carlos Spegazzini que da su paseíto solitario por la ciudad amodorrida...

EL MAESTRO

LLAMÁBAMOSLE don Jorge, como toda la ciudad llamaba don Bernardo al gobernador Irigoyen. En aquel lustro inicial del siglo, la ciudad entera tenía familiaridades de barrio.

Don Jorge era, a pesar de todos los homónimos locales, don Jorge A. Susini. Dirigía un liceo particular donde muchachos llegados en su mayor parte de la provincia, unos pupilos del establecimiento y otros alumnos externos, cursaban el bachillerato o estudios especiales. Un caserón descascarado y húmedo los albergaba; todas las aulas abríanse a un patiecillo central con pocas y sumisas plantas. Felizmente, un terreno anexo que recibía el sol como la pampa, fué convertido en campo de juegos, y en él trotaban los centauros.

Bajo y no grueso, de cara afilada, con bigote y perilla que empezaban a encanecer, don Jorge era un hombre nervioso y sensible, de irritaciones súbitas y lágrimas fáciles, de arrebatos coléricos y ternuras paternales. Enseñaba con preferencia castellano e historia argentina. Tenía dicción defectuosa y arranques oratorios. Su admiración por Mitre, invariable desde la adolescencia, desbordábase en loas con el menor motivo. Había participado en alguna escaramuza revolucionaria, en epi-

sodios políticos de épocas turbulentas, y gustaba rememorarlos, con acento épico, ante sus alumnos. Nunca se destempló su cuerda cívica. Arengaba en clase como en una asamblea partidaria...

Todos los sábados a última hora reunía a los estudiantes secundarios del liceo para su lección de moral. Comenzaba como un tribuno; pero traicionado por su corazón llegaba a la intimidad, a la confidencia, al consejo individual, y se le humedecían los ojos y se le velaba la voz...

Dos o tres veces presentó infructuosamente su candidatura a diputado provincial. No lo hacía por vanidad ni ambición; convencido de que podía trabajar desde la legislatura en favor de la instrucción pública y en defensa de los maestros primarios, anhelaba un cargo digno de sus afanes. Luchó, sin amargura, desde la calle. No hubo acto gremial del magisterio o institución social del mismo que no contara con su adhesión militante. Ya anciano, residente en la capital federal y sin vínculos docentes en La Plata, continuaba prestando su apoyo personal a la Asociación de Maestros de la provincia.

Después de muchos años de cátedra oficial y docencia particular, después de haber fundado y dirigido varios institutos de educación, don Jorge cambió de ciudad. Era abuelo; su vida había llegado a la tregua crepuscular. Pero fundó un último colegio, en Buenos Aires, y entre sus muros le sorprendió la muerte.

Era un normalista forjado en la fragua de Sarmiento.

COBRES Y MADERAS

TODAS las tardes, menos jueves y domingos, antes de ponerse el sol, la banda de policía daba su concierto frente a la gran puerta del cuartel de bomberos, en la calzada de empedrado hostil. Era entonces la única banda oficial de la población. Domingos y jueves concurría al Bosque, en cuya avenida formábase una doble hilera de carruajes: cupés lustrosos, landós y victorias como floreros andantes — según los cronistas del día siguiente —, que recorrían con lentitud propicia a la exhibición un solo trecho, desde la casa de los gobernadores hasta la calle lateral que conducía al Museo. Años después, el concierto vespertino dióse en la plaza frontera del Departamento de policía, por orden de su jefe, que asomaba a los balcones con apiñado séquito, y en la plaza Primera Junta, a un costado del lamentable monumento epónimo, cuyos miembros estatuarios fueron un día dispersados a todos los vientos. Cuando dicha plaza cambió de monumento y, en consecuencia, de nombre, para honrar al capitán de los Andes, en ella se iniciaron los conciertos nocturnos, durante los meses cálidos, determinando un nuevo rito de la sociedad platense. Y al urbanizarse la plaza Moreno — extenso pastizal convertido en parco parque — también hubo música noc-

turna bajo el firmamento visible allí como desde amplio valle, y a igual distancia del palacio de los ediles — cuya torre genérica contaba en sus cuatro esferas iluminadas los pasos de la noche — que de la catedral crecida — cuyos muros espectrales parecían querer desprenderse de la tierra...

Ya había para ese tiempo nuevas bandas: la de bomberos y la del cuerpo de infantería instalado en la ciudad. Pero los fieles de la primera, entre los cuales contábanse tres o cuatro viejecitos, seguíanla a todas partes, como cuando era única. Por lo demás, nunca fué igualada y mantuvo su prestigio hasta que las oscilaciones del presupuesto policial hicieron de ella una sombra o, mejor dicho, un eco vago de lo que fuera.

Dirigíala don Pedro Ruta. Rechoncho, cuellicorto, cegato, de movimientos rígidos, sin elegancia, ejercía su dirección con autoridad y decoro. Era un músico eximio y un hombre modesto. Poseía vastos conocimientos profesionales y espíritu ágil; dentro del eclecticismo obligado de su repertorio, sabía conciliar la exigencia popular con la educación del gusto y la difusión cultural. Disciplinó el numeroso conjunto sinfónico, dándole un equilibrio admirable; formó excelentes solistas y enriqueció y modernizó el instrumental. Durante algunos lustros, la banda fué digna de la capital del primer Estado argentino y de la pujante ciudad universitaria, en cuyos principales actos participó con brillo. Debilitóse luego, y la muerte del gran director precipitó su decadencia...

EL PERIODISTA

LLEGO silenciosamente a la ciudad y comenzó en seguida su labor cotidiana y anónima... Promediaba la década inicial del siglo. Un nuevo diario apartábase de los moldes rutinarios del periodismo local: en sus innovaciones tipográficas, en la insinuación de los títulos, en el estilo de algunos sueltos, en la evaluación de ciertas noticias desechadas por los demás, en el gusto maduro que revelaban las trascripciones literarias, en las secciones permanentes dedicadas a la vida intelectual y artística, denotábase un espíritu singular. Aquel espíritu ardía en un cuerpo pequeño y enjuto, pegadito siempre a una mesa de la redacción. Llamábase el obrero múltiple Juan Mas y Pi; era un joven pacato, modesto, de sonrisa débil y rubor fácil; procedía del Brasil, donde se iniciara en el periodismo, pero había nacido en Cataluña.

Un estudio sobre Almafuerte, publicado en folleto, varios ensayos sobre autores europeos y algunas páginas líricas, revelaron su nombre. Camaradas en disponibilidad y admiradores de ocasión, quisieron acapararlo. Los apartó sin violencia, con hurañía previsora, como luego eludió al poderoso que soborna y al fatuo encumbrado,

con su natural renitencia al homenaje lucrativo. Tuvo algunos amigos a quienes abrió su corazón y su casa...

No despertaba una simpatía inmediata. Aquel joven silencioso, de tez pálida, de cabello rizado, de bigotillo buído, de ojos estrábicos, tenía algo de huraño en el gesto, en la mirada, en la voz. El mecanismo de su labor parecía haber sellado prematuramente sus movimientos, sus ademanes, con una regularidad fría que lo presentaba indiferente. Más de uno, asombrábase de que él fuese el autor de ciertas prosas vibrantes, en que diera escape a su indignación humana y a su sed de justicia social. Por otra parte, era tan pulcro en su persona, tan correcto en el vestir, que decepcionaba a muchos de sus lectores que hubieran deseado ver en su aspecto la traza del bohemio libertario.

Al llegar la noche, cuando la ciudad encendía sus focos soñolientos y distanciados que en muchas calles sólo sirvieran para amojonar la oscuridad, tomaba del brazo a su compañera — una dama brasileña, muy fina y elegante — y daba su paseíto por los barrios más desiertos, como huyendo... Su timidez lo hacía brusco e insocial. Pero en la intimidad del hogar no disfrazaba su gran ternura y solía entregarse a expansiones de retozo infantil. Yo lo recuerdo en la planta alta de un caserón sombrío de la plaza Rocha, en los días más duros, acaso, de su vida platense. Prefiero evocarlo en el departamento interior de una

casa de la calle 55, en su minúsculo despacho lleno de libros, de cuadros, de flores, o en el comedor familiar, con su hijita regalona sobre las rodillas... Consagraba los domingos a la amistad. Llegaban de Buenos Aires pintores y poetas. En aquel ambiente, una tarde otoñal, Evaristo Carriego nos leyó algunos poemas inéditos de sus *Misas herejes*...

*

* *

Sentado a su mesa, en la redacción de *La Reforma*, paréceme verlo llenar cuartillas con letra pareja y ajustada, sin esfuerzo aparente, sin treguas. Aquella facilidad para escribir, adquirida como un hábito por la necesidad de ganar tiempo y multiplicarse en su tarea, no afectaba, empero, la limpidez ni la armonía de su prosa. Expresaba su pensamiento con claridad, en materias diversas, con esa urgencia y esa universalidad que son las alas del periodista. Lamentábase a veces, sin embargo, de no poder releer, corregir, purificar muchas de sus páginas firmadas. Pero no hablaba entonces el periodista sino el escritor, sofocado por aquél y vencido bajo su peso. Y el escritor subsistía a expensas del sueño y el reposo. Por eso, al enterarse de algún juicio demasiado severo para la expresión y la contextura de sus libros, sonreía melancólicamente; nadie mejor que él sabía lo que distaba su obra de sus anhelos y de sus propias aptitudes...

Después de las horas diarias de labor obligatoria, su descanso era recomenzar. A la luz de su lámpara y acariciado por el silencio circundante de los seres amados, su pluma corría por el papel, libre, ágil, rejuvenecida en el nuevo surco. ¿Cuándo leía y estudiaba? Su cultura era extensa y tenía un conocimiento pormenorizado de la producción literaria y artística de Europa y de América. Aquella información documentaba y robustecía sus juicios y contribuyó a cimentar su autoridad de crítico.

Porque fué, sobre todo, un crítico, y en determinado momento de la vida literaria argentina, *el* crítico... Habíase radicado en Buenos Aires; su vivir era más o menos el mismo: el diario, el hogar — compartido con sus padres —, los domingos de fraternidad... Había engrosado y encanecido; ya no lucía rizos ni bigote. Su obra personal derramábase en libros, en revistas y diarios prestigiosos; respetábase su nombre; los autores buscaban su juicio. La crítica literaria era entonces una acrobacia fortuita de gacetilleros o un cumplimiento ocasional de colega. El hizo de ella una función permanente, elevada y bienhechora.

* * *

La noche del 5 de marzo de 1916, hundíase en las costas del Brasil un trasatlántico que venía de España. Juan Mas y Pi tornaba de sus primeras vacaciones, con su esposa. No los devolvió el océano.

EL GENERAL

De aludo panamá y chaqué claro, en tardes estivales; de sombrero de copa y levita oscura, en las de otoño, el general salía, a pie, de su residencia privada, contigua a la casa de gobierno, acompañado por dos o tres personas, y caminaba hacia el Bosque por una de las avenidas gemelas. Su ancianidad gallarda atenuaba la llaneza criolla con una apariencia de dandismo. Su tiesura militar amoldábase, sin abatirse, a la ropa civil. Tenía el paso seguro; erguía la cabeza con juvenil arrogancia. Una chispa desafiante asomaba aún a los ojos vivaces. Osados mostachos cargaban su nieve rameada, y la barbilla su copo. Una sonrisa feliz iluminaba el rostro con llama perenne, encendida muy adentro: una sonrisa de vencedor, la misma que viera el pueblo porteño cuando entró a la ciudad, al frente de sus soldados, después de "La Verde"...

La misma. Los años trascurridos no la habían borrado de sus labios ni de su corazón. Gobernador de la provincia, posponía los honores del cargo a su gloria bélica. Los palaciegos halagaban su orgullo de guerrero haciéndole evocar los combates inscriptos en los muros del cuartel local del 6 de infantería, cuerpo veterano al que perteneciera durante la guerra del Paraguay...

Llegado al Bosque, el general cruzaba el puentecillo del lago y entraba a la isleta. Solía asistir a una sección cinematográfica en el pequeño teatro; solía descansar en un saloncito reservado. Luego se aproximaba a las aguas quietas, opacas, impuras, y arrojaba bizcochos desmenuzados a una colonia de patitos, mientras leía, de soslayo, en la proa de la única góndola, atada al embarcadero, un nombre que lo enternecía: *Gobernador Gral. José Inocencio Arias.*

RECUERDOS DEL VIEJO COLEGIO NACIONAL

ESOS bandidos...

— No me hable usted de ellos, vecina; me tienen atormentada.

—Rompen los vidrios.

—Destrozan las aceras.

—Escriben obscenidades en las paredes.

—Y si encuentran una muchacha a su paso...

—¡Si hasta con las viejas se meten!

—Ni el diablo puede con ellos.

"Ellos" eran los alumnos del antiguo Colegio Nacional. Se les denominaba globalmente horda, turba, malón. A la salida de clase, invadían la calle 51 con empuje de búfalos. Volaban libros y sombreros. Rasgaba los aires el proyectil de los fundibularios. Cerrábanse apresuradamente puertas y ventanas... Un grupo de salteadores trepaba al tranvía mientras otro intentaba libertar generosamente la yunta de jamelgos. Caía la rama de un árbol con su acróbata. Arremolinábanse los espectadores en torno a dos púgiles caütelosos y se les impelía hasta estrellarlos. Fruteros y pasteleros tentaban a las fieras hambrientas; había compras y saqueos; alzábanse las manos con sus trofeos apetitosos por encima de las cabezas; una

empanada chorreante goteaba sobre el cuello de alguien; un higo llegado de quien sabe donde emplastaba el ojo de no se sabe quien; un glotón atragantado gesticulaba ante testigos ayunos... Al llegar a la catedral, la pedrea adquiría consagración de rito. A falta de vidrieras, las humildes chapas, los entablados, recibían la granizada, mientras un concierto de grajos y lobos erizaba la pacífica soledad de mediodía. Un paso más, y la plaza enorme y abandonada, cubierta de cicuta, tragábase el torrente...

¡Descansa en paz, que bien la mereciste, mi pobre vicerrector! ¿Qué podías tú contra la hidra de centenares de cabezas?

Camarada y cómplice forzoso, tenía debilidades por todos conocidas y explotadas. Formábamos militarmente en el patio enarenado antes de entrar en las aulas, y aquel orden aparente salvaba su responsabilidad. Pero al ocupar nuestras aulas, el funcionario desentendíase diplomáticamente del áspero deber, cediendo a los profesores las armas punitivas del reglamento: armas innecesarias para unos, mejor defendidos por su prestigio docente o la fuerza de sus puños, y peligrosas para otros cuyas flaquezas solían implorar la protección del propio enemigo.

¡Aquellas aulas! Temblaba el cielo raso, acribillado de flechillas. Había en las paredes nichos funerarios con inscripciones de taberna. Todos

los bancos, ruinosos y concienzudamente destornillados, estaban listos para la caída estrepitosa.

Cada clase tenía su ventrílocuo y su payaso. El pampero, suavemente iniciado en la bordona de una avispa, llegaba pronto al *fortissimo* orquestal. Bolitas de papel, lanzadas en certeros papirotazos, buscaban el pabellón de las orejas. Tachuelas o alfileres disimulados en los asientos y cáscaras resbaladizas distribuídas en el piso, anunciaban siempre un espectáculo divertido. El alumno interrogado contaba a sus espaldas con un racimo de apuntadores. La exposición se sazonaba con términos convencionales que regocijaban a los conspirados.

"¡¡¡Silencio!!!" era la voz autoritaria que partía continuamente del sillón de mando. Sólo manteníase como de tumba en la clase de inglés. Desde el patio llegaba Mr. Martin, pequeñito y senil, con el libro abierto en una mano y el índice de la otra dividiendo los caídos bigotes. Así pasaba la hora, de un banco a otro, los ojillos inquietos explorando la vecindad por encima de las gafas y el dedo tenso en la boca. Todos le imitábamos, imponiendo silencio a los muros. Y él nos agradecía la colaboración unánime...

¡Silencio! ¡Cuán profundo lo han conquistado ya casi todos aquellos que nos lo exigían! Quiero verlos ahora como los vi entonces, despejando ulteriores vínculos y recuerdos.

•

Alto, huesudo, monsieur Basset, esgrimista y

cazador, entraba en el aula con paso elástico y cara adusta. Era brusco y gentil. Pasaba sin transición del hablar quedo al grito. Apuntaba con los verbos irregulares de su idioma como con su escopeta de dos cañones. Pero solíamos desarmarlo pidiéndole la traducción de algún término cinegético. Sonreía; paseábase un instante. Y comenzaba a disertar sobre la caza mayor y menor.

Aquel recurso fallaba, en cambio, como cualquier otro, con Abel Díaz, ex comandante de guardias nacionales y también cazador de liebres, patos y perdices en los campos próximos a la ciudad. Siempre perfumado y pulcro, de una seriedad sin acritud, de una afabilidad sin complacencias, de una laboriosidad sin treguas, nuestro profesor de matemáticas entendía la enseñanza como una milicia: "vencer o morir". Moríamos...

El ameno y caballeresco don Rafael González lograba hacernos atravesar sin fatiga el yermo gramatical. Correspondía la historia de América al doctor Tomás R. García, ex legislador, ex ministro, cuya experiencia política matizaba con anécdotas ilustrativas nuestras monótonas repeticiones del manual de Barros Arana. A cargo de un especialista estaba la revelación de los misterios anatómicos: un médico local, el doctor Silvestre Oliva — "oliva silvestre", para el aula — nos disecaba vivos...

El abogado español D. Natalio Gil, corpulento y sonrosado, accionaba majestuosamente desde su sillón. Pasaban los emperadores romanos y los

reyes franceses en giros oratorios. El doctor Angel Licitra, joven humanista de contagioso idealismo y cándida bondad, recién llegado al país, enseñaba italiano a un curso de voluntarios. Corridas las lecciones preliminares, empezamos a descifrar el susto de Don Abbondio en el primer capítulo de *I promessi sposi.* Dante asomó enseguida. Y la clase recitaba en coro los versos de la *ballata* y del soneto inmortales:

Io mi son pargoletta bella e nuova...
Tanto gentile e tanto onesta pare...

Dictaba literatura y lógica el doctor Agustín Lantero. Proscribía los textos, desconocía los programas oficiales, empleaba el método socrático y juraba por Herbert Spencer y el general Roca. Era un iconoclasta ingenioso y ameno. Discutíamos todo el año la dualidad de "fondo y forma" y nos deleitaba con su arte demoledor al "desenmascarar la verdad inconcusa de los axiomas matemáticos"...

Enfermo y cercano a su fin, el pintor andaluz D. Antonio del Nido agravaba su mal en nuestra compañía. Fácilmente irritable, no toleraba el cuchicheo de sus dibujantes. Y al oír el arpegio de una cítara improvisada debajo de algún tablero, amenazaba con arrojar por la ventana al concertista.

Dábase clase de química y física en el "gabinete". Era una sala impresionante. Frascos mul-

ticolores, una campana neumática, varias retortas y probetas, alguna máquina eléctrica y otros aparatos desvencijados y polvorientos, comunicaban al neófito cierto temor de hechicería. La presencia del mago confirmaba la sospecha. Vestido de levita clara, chaleco de fantasía y pantalón oscuro, o de levita oscura y pantalón claro, D. Edelmiro Calvo ocupaba su mesa. Un cuarto de hora de teoría. Un cuarto de hora de experiencias: sacaba su gran cadena de oro con dijes y medallas colgantes y la manejaba como un prestidigitador, supliendo así la pobreza del instrumental; llegábamos a creer que las leyes de la gravedad descansaban sobre un chaleco listado. Otro cuarto de hora de interrogación. Recorría los bancos despabilando individualmente a los alumnos. Y poco antes de sonar el timbre libertador, un puñadito de paternales reflexiones, y oportunas estrofas de Longfellow (*El salmo de la vida*), y de Guido Spano (*At home*), para retemplar a los holgazanes, y alguna broma final... Sonriente, ágil, alejábase don Edelmiro por el corredor, fumando en su larga boquilla semejante a un tubo de ensayo.

Dos veces por semana teníamos clases de ejercicios físicos. Como el edificio del Colegio era el último de la calle y a sus fondos se abría el arrabal apenas poblado, invadíamos los terrenos baldíos. Poco podía esperar el atletismo platense de aquel estadio. Algunos muchachos organizaban partidos de *foot-ball*, deporte novedoso entonces;

otros, partidas de naipes bajo un árbol; los audaces íbanse a las quintas inmediatas a proveerse gratuitamente de fruta o asaltaban un vagoncito de Las Clementinas, cuya estación, fronteriza del Colegio, era un refugio de raboneros. El profesor, D. José Rossotti, ya anciano y achacoso, sentábase sobre la hierba, rodeado de un auditorio fiel. Contaba y recitaba admirablemente. Una *novella* del *Decamerone* encendía la sangre y la imaginación de los engolosinados. Un canto del *Inferno* amedrentaba por un instante a los futuros pecadores...

No conocí los tiempos heroicos del Colegio. A veces, al comentar despectivamente los "escándalos" de mi época, algún rapsoda jactancioso refería a su modo las hazañas pretéritas: los estudiantes, muchos de ellos hombres, secuestraban a los profesores y peleaban a tiros... Llegué a las aulas poco antes de que el Colegio, reorganizado con mano dura, desalojara su caserón para instalarse temporariamente en el centro de la ciudad, mientras se construía su edificio actual. No guarda mi memoria ningún recuerdo vergonzoso; ni la injuria ni la perversidad mezclábanse a las travesuras propias de colegiales; el espíritu burlesco no traicionaba la nobleza del corazón; una camaradería generosa unía a estudiosos y negligentes, a ricos y pobres. La primavera descogía sus ráfagas alborotadoras; pero en la fragancia de aquel revuelo cantaba el huerto promisorio...

III

LA CIUDAD UNIVERSITARIA

I

UN DOMINGO DE MAYO...

TODOS los domingos, en invierno, a las tres de la tarde, la Biblioteca pública instalada en el piso alto del palacio de la Legislatura, sobre la calle 8, trasforma su sala de lectura en sala de conferencias. La vida intelectual de la ciudad gira en torno de esas reuniones culturales que atraen, al propio tiempo, con el prestigio de una fiesta social. Antes de comenzar los actos, la concurrencia, en gran parte femenina, parlotea rumorosamente dentro de aquel ámbito donde, durante la semana, el obligado silencio defiende el aislamiento de los lectores. A veces, la disertación doctoral que sobreviene y es necesario soportar, resulta un tributo agobiador que no compensan aquellos instantes de picoteo colectivo. Sólo la gente joven parece no advertirlo: sorda al aguacero, mientras el docto se desgrana, dialoga en el éter, de un extremo a otro del recinto, con la pregunta en los ojos y la respuesta en las mejillas...

Horas antes, al salir de la misa de once, amigas y amigos se han despedido, en el atrio de San Ponciano, con un "hasta luego, en la Biblioteca". Al salir de ésta, se despedirán con otro "hasta luego, en el Bosque". Tríptico dominical de una ciudad de provincia, en el primer lustro del siglo

y a corta distancia de la metrópoli, vertiginosa y deslumbrante.

Y una de esas tardes, la del último domingo de mayo de 1905, alguno de esos concurrentes habituales que llega siempre a la "cita intelectual" sin enterarse de la misma, seguro de la otra, sorpréndese al notar un movimiento inusitado. La calle está llena de carruajes. Damas y caballeros desconocidos se agolpan en la escalera alfombrada. La galería interior del edificio contiene grupos apeñuscados. La sala desborda: se habilitan todos los espacios, se duplican los asientos. El colmenar de costumbre tiene un rumor marino. La reunión ha perdido su familiaridad local. Hay caras nuevas en todos los rincones...

Varios caballeros suben al estrado y ocupan sus asientos. Se hace repentinamente el silencio. Una figura menuda y arqueada, premiosa en su levita, se dirige al público. Es don Luis Ricardo Fors, director de la Biblioteca. Habla:

—Excelentísimo señor ministro de Instrucción Pública de la Nación: es costumbre en estos actos que el director de la Biblioteca presente al auditorio a quien tendrá a su cargo la lectura dominical. Pero esta vez la presentación huelga. Permitidme, en cambio, que os presente el ilustrado auditorio platense que se congrega aquí todos los domingos con devota asiduidad...

Estalla un aplauso que se prolonga para saludar al ministro. Se ha puesto de pie... Hay en la sala un movimiento de cabezas; los sombreros

femeninos obligan a estirar el cuello, detrás de sus murallas frutales, a los espectadores sitiados. El ministro despliega sus papeles. Mira fugazmente al público; sus ojos adormilados, que los caricaturistas aprovechan, refúgianse bajo las largas pestañas; el rostro barbado y pálido acentúa su gravedad meditativa al inclinarse sobre el manuscrito. Comienza a leer lentamente; no es un orador "brillante"; elude la pompa y el relumbrón; dice cosas hondas con engañosa sencillez; su voz grave y oscura es conductora de la claridad.

Desde hace algunos años observo las manifestaciones de vida de esta ciudad, llena de interés y de atractivos para el simple viajero, como para todos los que estudian las agrupaciones humanas bajo la faz de sus leyes orgánicas y biológicas...

El auditorio platense aguza el oído. El señor ministro es maestro en ciencias jurídicas, literato seductor, político eminente. Pero no va a disertar sobre asuntos constitucionales, ni a evocar sus montañas nativas, ni parece proponerse revelar secretos de Estado. Su tema es "La universidad nueva", y sus primeras palabras despiertan un interés local.

Mi pensamiento vaga hace tiempo por esta ciudad, como buscando un hogar presentido, y él es, acaso, éste que vamos a levantar para todos los espíritus que en la peregrinación de la vida sólo tienen reposo en los valles de la ciencia...

Se detiene. No logra descifrar su propia letra. Pasan segundos mortificantes. El público experimenta una ansiedad angustiosa. Pero el lector, inmutable, escruta sus signos como lo haría con un palimpsesto, en la soledad de su despacho. Salvado el obstáculo, prosigue serenamente.

La universidad nueva, cuyo concepto expone, cuya organización bosqueja, cuyo desarrollo prevé, bajo el cielo de La Plata, no es la semilla de un sueño lanzada al viento del futuro. El educador que habla es el ministro que comienza a ejecutar.

...Y La Plata será también, de hecho, una ciudad universitaria, como ya lo es, acaso, en la convicción popular; y como este calificativo ha de justificarse por la existencia en su seno de una gran universidad y ésta es, por naturaleza y por destino, expansiva y universal, no es un sueño patriótico imposible el esperar que extienda su influencia más allá de las fronteras patrias, buscando afinidades de raza y paralelismos políticos fáciles de comprender.

Hay en la sala magistrados, legisladores, profesores, estudiantes y antiguos vecinos, de distintas profesiones, que han vivido todas las vicisitudes de la ciudad, desde su fundación. Nadie deja de valorar la trascendencia de lo que oye. La ciudad universitaria salvará, en cierto modo, el sueño frustrado de la ciudad desencantada...

He puesto en este pensamiento, que es pensamiento de Estado, toda mi alma de ciudadano, y mi visión, si puedo decirlo, de hombre de gobierno. Tengo la convicción de que esta ciudad afirmará con él sus destinos y los de la grande y rica provincia de Buenos Aires que, reintegrada en el dominio de una capital que cediera a la República, en un día crítico de nuestra historia interna, desplegará de nuevo las altas potencias intelectuales que hicieron de ella un luminoso guía de las instituciones de la vida nacional desde 1810.

Una ovación acoge las últimas palabras. Y al salir a la calle, muchos son los platenses que creen hallarla iluminada por un fulgor extraño que llega de no se sabe dónde... La ciudad del delirio convalece aún de su caída icárea. Nadie piensa en su resurgimiento fabuloso. Pero acaba de señalársele un nuevo destino. Y es como si se la hubiera dotado de un alma nueva...

II

HISTORIA

SIETE años de vigorosa existencia contaba la capital de la provincia cuando el senador don Rafael Hernández, acompañado por otros tres legisladores, presentó un proyecto de ley creando la Universidad platense. "Estamos haciendo puertos, construyendo ferrocarriles, proyectando canales, levantando pueblos y colonias por todas partes, en una palabra, cuanto es necesario para la vida material — dijo el señor Hernández en la Cámara, el 12 de junio de 1889 —; pero la vida intelectual, la que prepara a los hombres para los grandes movimientos, para los grandes progresos del país, está un poco olvidada"... El 2 de enero de 1890, el gobernador Máximo Paz promulgó la ley reparadora de aquel olvido y se tomaron en seguida las disposiciones pertinentes para la inmediata inauguración de los cursos universitarios. Pero no se pensó en la periodicidad fatídica del sueño faraónico, y tras siete años de vacas gordas y espigas bien granadas, vinieron los siete de vacas magras y espigas marchitas. Y trascurrió justamente un septenio de angustias y privaciones antes de que la mal nacida Universidad pudiera abrir sus puertas luminosas.

El 18 de abril de 1897 se realizó en acto público,

bajo la presidencia del gobernador Udaondo, la apertura de los cursos. Cuatro facultades — de ciencias médicas, de derecho y ciencias sociales, de ciencias físicomatemáticas, de química y farmacia—constituían la Universidad naciente. Sólo las tres últimas pudieron funcionar, aunque con escasos alumnos; la de ciencias médicas no los obtuvo, y fué virtualmente suprimida.

Supeditada en sus planes de estudios y en sus normas a las universidades nacionales, que no le permitían desenvolverse autonómicamente; obstruída por los tribunales de la capital federal en el reconocimiento de los títulos que expedía; bloqueada por un presupuesto irrisorio que la mantenía al borde de la indigencia; instable por la falta de alumnos que la obligaba a clausurar un año los cursos del anterior; sin locales propios en la ciudad de los palacios públicos; acosada, maltrecha y aun sepultada por la misma Legislatura que la creara, pues considerándola "extinguida" llegó a suprimirle la exigua subvención, la Universidad provincial conoció, en nueve años, todas las penurias y vivió muriendo. Era su rector el doctor Dardo Rocha, fundador de la ciudad. Y por estar en sus manos debió de parecer más doloroso el raquitismo de aquella institución, hija tardía — que así suele medirse el tiempo en América — de una madre precozmente extenuada...

El proyecto salvador del ministro González revivió las esperanzas. La nacionalización de la Universidad podía, acaso, mortificar el orgullo

provincial; pero al elegírsela como célula fundamental de un vasto organismo que aspiraba a ser modelo entre sus similares latinoamericanas, se honraba, de consuno, a la modesta institución. Las declaraciones ministeriales, sobre todo, oídas en aquella histórica lectura dominical de la Biblioteca, hicieron vislumbrar, no sólo para la Universidad, sino para la ciudad misma, el beneficio inmediato. Y las palabras fueron hechos casi instantáneamente.

Contribuyó la provincia con sus cuatro facultades, a las que agregó el Museo de ciencias naturales y el Observatorio astronómico — cedidos poco antes —, la Escuela práctica de agricultura y ganadería de Santa Catalina, la Facultad de agronomía y veterinaria — desvinculada, hasta entonces, del conjunto universitario — y la biblioteca pública, formada por más de 40.000 volúmenes y valiosas colecciones de diarios y periódicos. Cedió, además, espléndidos edificios y espaciosos terrenos, todo lo cual representaba un valor aproximado de $ 11.000.000.

La Nación, por su parte, incorporó a la Universidad el colegio secundario y anexó al mismo dos internados en los que se aplicaría el *tutorial system* de los *colleges* ingleses y norteamericanos. Para instalarlos, se dispuso la construcción de locales apropiados en las 18 hectáreas cedidas, con ese objeto, por la provincia, en un extremo del parque de la ciudad. Y el vecindario platense asistió, deslumbrado, a la resurrección de su épo-

ca milagrosa. Levantóse un gran edificio de tres pisos para el colegio. Surgieron dos pabellones amplios para los internados, y un magnífico cuerpo hipóstilo para gabinetes y laboratorios, y un gimnasio gigante. Trazáronse jardines y avenidas arboladas. Reserváronse extensos lugares destinados a distintos deportes y construyóse una gran pileta de natación.

Menos visible para el público era, sin duda, la obra espiritual. La tercera universidad argentina se apartaba del molde clásico de sus hermanas mayores. Orientada hacia un tipo "moderno y experimental", cimentaba la conexión cultural de los diversos institutos, su función familiar, su correlación docente, comprendiendo desde la enseñanza primaria y secundaria hasta los estudios profesionales y las disciplinas puras. El madurado plan aprovechaba la experiencia extranjera, pero guiábase principalmente por una clara comprensión de los problemas de la cultura nacional y de las necesidades sociales del país.

"El reformador de la universidad argentina — ha escrito el actual presidente de la platense — fué Joaquín V. González. La ley de la Universidad de La Plata es la única que habla de los superiores fines de la universidad: la enseñanza, la cultura pública y la ciencia universal. La enseñanza en todos sus grados, desde la primaria a la superior y la correlación de los estudios entre las distintas Facultades para su recíproca penetración; la cultura pública en todas sus formas, por

la extensión universitaria; y la ciencia universal, por la incorporación al sistema universitario de los institutos de investigación en todas las ramas y de que son modelo el Museo de ciencias naturales y el Observatorio astronómico".

Constituídas las primeras autoridades universitarias en el mes de febrero de 1906, procedieron inmediatamente a preparar los estatutos, aranceles y planes de estudios. Los cursos se inauguraron en marzo con una inscripción inicial de 1.000 alumnos. El 17 de ese mes fué designado presidente de la Universidad el fundador de la misma, doctor Joaquín V. González, quien reelegido consecutivamente por la asamblea de profesores, permaneció doce años en el cargo. Ampliada con la creación de nuevos institutos, consolidada en su estructura original y favorecida por una creciente población estudiantil, el fundador entregó su obra el 18 de marzo de 1918.

III

JUVENILIA

LA nacionalización de la Universidad y la propaganda que exaltó en la prensa y en el libro la armonía y las ventajas de su nueva estructura, atrajeron a la capital de la provincia de Buenos Aires, al promediar el segundo lustro del siglo, numerosos estudiantes llegados de diversos puntos del país y aun de las repúblicas vecinas.

Aquella invasión juvenil reanimó todos los barrios, todos los centros sociales, todos los "ambientes" de la *cittá morta*. No alteró mayormente su fisonomía urbana ni devolvió las vacas gordas a la población esperanzada. Pero aportación tan rumorosa y pintoresca dió, sin duda, nuevos aspectos a la vida platense.

La comunidad interprovincial de los alumnos sellaba en las aulas el pacto federativo. Distintas "tonadas" fraternizaban en los patios de cada facultad. Mas encendida la discusión alrededor de un personaje o una costumbre de "tierra adentro" — provocada, casi siempre, por la malicia de algún porteño gozador — dividíase la congregación en sectas localistas y pronto asomaba la agresividad latiente en cada grupo regional. Nunca se llegaba, empero, a la guerra fratricida; conseguíase, en cambio, convertir momentánea-

mente a necios y obcecados y asegurar, hasta el día siguiente, la unidad nacional entre los camaradas.

Altivos y aguerridos, los entrerrianos juraban por Urquiza y parecían tan seguros de su arrogante superioridad provincial como de la adhesión de sus compañeros correntinos. Los riojanos, generalmente humildes y pacatos en la calle, trasfigurábanse al pisar los umbrales universitarios, cual si pisaran el campo de Velazco: tomaban en seguida un airecillo de dueños de casa por el solo hecho de ser comprovincianos del "fundador y presidente" y llamarlo familiarmente "don Joaquín". Por derecho de vecindad, sumábanse los catamarqueños a tan abusivo localismo. Sanjuaninos y mendocinos, aquéllos descendientes por algún lado de Sarmiento y éstos de algún guerrero de Chacabuco, no se apeaban de los Andes ni para entrar a clase. Más de un cordobés, tránsfuga de la "docta y secular", canturreaba el elogio de su paisano don Dalmacio en un corro de civilistas futuros. Tucumanos y salteños deslumbraban a los hijos de la llanura con su evocación del paisaje natal. Altos y cobrizos santiagueños, orgullosos de sus bosques donde plañe el Kacuy, contaban brujerías con lentitud desesperante...

La intervención cáustica del porteño solía reunir a todos en su contra. Hasta los muchachos platenses cooperaban en aquella carga unánime. El estudiante porteño era el huésped que llegaba en un tren, asistía a clase y se marchaba en otro. Ha-

llaba tiempo, sin embargo, para destacarse y brillar, si no siempre en el aula, en las galerías, donde remedaba a sus condiscípulos del interior, distribuía pullas y abroquelábase en una ironía impenetrable...

Acontecía esto, sobre todo, en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, la más aristocrática y menos laboriosa del colmenar. Instalada en el mismo edificio de la Universidad, de su patio salían los alumnos a la ancha calle, la más concurrida de la ciudad en todo tiempo. Si ello coincidía con la hora del desfile ritual de las beldades platenses, apostábanse en la acera de enfrente. Iban y venían las bellas por el trecho consagrado de la avenida, entre dos filas de admiradores. Algunos estudiantes forasteros las saludaban con sonrisa amistosa. Presentados a la sociedad local, visitaban a varias familias y asistían a sus "reuniones". Aumentaron así, naturalmente, los amoríos; las mamás alentaban a los abogaditos en cierne después de averiguar su origen y la probable herencia; y aquellos "recién llegados" — según la expresión de sus rivales platenses — comenzaron a exhibirse en fiestas y paseos como acompañantes de las inaccesibles...

Esos dichosos "ejemplares" constituían, indudablemente, la aristocracia del gremio. Eran ricos, o estaban "bien relacionados", o lucían apellido ilustre. Varios de ellos se hospedaban en hoteles o tenían piezas individuales en las casas de pensión, donde esquivaban la intimidad pegajosa

del compañerismo arracimado. Pulcros y elegantes, veíaseles alternar con "lo más distinguido" de la ciudad. Presentábanse con traje de gala en palcos y plateas del teatro Argentino, cuando un acontecimiento social lo exigía. Con motivo de la visita de estudiantes extranjeros a la ciudad, poco después de haberse celebrado el primer congreso estudiantil en Montevideo, los miembros de la comisión de recepción — de la que formaron parte algunos provincianos — recibieron a los visitantes vestidos de levita y "tubo" de felpa...

¡Qué contraste si se les comparaba con los "salvajes" del Bosque! Llamábase así, globalmente, a los alumnos de Agronomía y Veterinaria. Por estar ubicadas ambas facultades en un extremo del parque de la ciudad, preferían aquéllos vivir en sus proximidades, buen pretexto para emanciparse de la civilización urbana. Vivían en casas pobres del suburbio, ruinosas a poco de habitarlas, por cuya razón, y también por la promiscuidad que regía en ellas, denominábaselas "vizcacheras". De noche se las hubiera creído embrujadas: los maullidos, los ayes, los coros demoníacos que partían de sus interiores, mortificaban al pacífico barrio. De día, el transeúnte, desde la acera, dominaba los secretos del antro, pues en aquellas casas vivíase con puertas y ventanas abiertas de par en par.

Acortemos el paso ante ésta que da a la calle 1, a escasos metros de la calle 60, y miremos rápidamente hacia el interior. Tres o cuatro mucha-

chos nos saludan a gritos, con motes agresivos: uno está orientalmente echado sobre una desvencijada camita de hierro; otro ceba el mate con entera comodidad, sentado sobre una pila de libros debajo de la cual, bien estirados, se planchan los pantalones; otro más, a horcajadas sobre un baúl, pellizca un "estilo" rebelde en la guitarra... Al doblar la calle, un grupo de habitantes de otra "vizcachera" toma el sol en el umbral, en la vereda y en la calzada. Este envuelve su desnudez en la toalla de baño; aquel en una sábana, semejante a un árabe en su albornoz. Que no se le ocurra pasar ahora a una muchacha: los "salvajes" volverían inmediatamente a la selva...

Y entre los mundanos y los selváticos, como entre dos riberas, movíase, caudalosa y uniforme, la mayoría estudiantil, compuesta de jóvenes modestos y laboriosos. De año en año aumentaba aquella población de cigarras y hormigas llegada de lejos. La Universidad de La Plata comenzaba a ser conocida en los más apartados lugares de la República, pues casi no había región que no estuviese representada en alguno de sus institutos. De tal modo, la ciudad convaleciente aun de su caída, la gran urbe frustrada, la capital monumental, recogida en plácida quietud, despedíase del sueño aquilino y abría los ojos asombrados a un paisaje nuevo, más íntimo, más suave. Y por haber trocado su destino y mostrarse renaciente y al propio tiempo acogedora, todo el país la saludó

entonces antonomásticamente con un epíteto que la designaba por su aspecto esencial: la ciudad universitaria...

IV

EL INVICTO

AQUELLA noche de septiembre de 1918, la "ciudad universitaria" despedía a su creador. Durante doce años, el Dr. D. Joaquín V. González había presidido la Universidad que fundara en 1905, y al retirarse del cargo — por haber vencido el último período legal para el que pudo reelegírsele—, los estudiantes platenses decidieron rendirle su homenaje público. Inmediatamente se adhirió al propósito la juventud universitaria del país; numerosas instituciones culturales la siguieron; y la ciudad favorecida apresuróse a demostrar su gratitud.

Aquella noche, el amplio Teatro Argentino de La Plata con sus cinco pisos espaciosos y su extensa platea y su vasto escenario, llenóse de una concurrencia adicta y predispuesta a la expansión. Abrieron el acto con sobriedad respetuosa los representantes estudiantiles, y el aplauso fácil, aunque ligero, de toda la sala, anunció una voluntad afectiva que ansiaba manifestarse. En seguida, con creciente precipitación de chubasco, el aplauso total recibió a D. Leopoldo Lugones, comisionado por la juventud para celebrar al maestro. "Lo que caracteriza a Joaquín González como estadista, educador y escritor, definiendo por la unidad cua-

litativa su triple luz espiritual, es la serenidad de su fuerza'' — dijo, sin ditirambo, el panegirista. Y el aplauso se hizo atronador cuando el festejado dejó su asiento y avanzó en el escenario...

Muchos de los presentes recordaban otro acto memorable, una tarde dominical en que el entonces ministro nacional de Instrucción Pública anunciara a la sociedad platense, desde la tribuna de la Biblioteca, el advenimiento de la nueva Universidad. Los años densos habían emblanquecido la noble cabeza; el cansancio ahondaba su huella en las facciones; el cuerpo parecía ceder al peso de una labor tenaz, agotadora. Comenzó a leer su discurso lentamente, con aquella voz baja, grave, opaca, que lograba, no obstante, triunfar de su monotonía, merced a lo sustancial de su mensaje. Los ojos, esclavos de la cuartilla, acentuaban la habitual soñolencia del rostro, y las dos manos vigorosas, abolidas para el ademán, sostenían, entre ambas, las páginas que escribiera, sin duda, la noche antes, con su rapidez regular, sin angustiosa urgencia, dentro del plazo previsto.

''Nunca he emprendido con más fe una obra de mi idea y de mis manos que en esta fundación'' — iba diciendo la voz incolora —. ''Ella nació de un sentimiento directivo de mi vida pública toda, se calentó a la llama de una profunda emoción de amor humano y se ha fortalecido en el yunque de la lucha, pues cuando más recios eran la contraola y el escollo, mi corazón sonreía, porque se convencía de la bondad del propósito''... ''Era también

un pensamiento político, según lo he repetido muchas veces, un acto de reparación y de justicia para la Provincia de Buenos Aires, desprendida de sus seculares tesoros edilicios e institucionales en aras de la unidad definitiva de la Nación"...

Fuerte y armoniosa, la Universidad platense, de esencia profundamente humana, era ya un templo de la cultura argentina, y su fundador gloriábase de haber triunfado, en lucha difícil, con su optimismo de toda la vida en todos los combates. Hizo una pausa; levantó los ojos del papel para mirar al auditorio; y sin énfasis, pero con una vibración inusitada, dijo estas palabras:

A mí no me ha derrotado nadie...

Un aplauso macizo las subrayó; y repitiendo el comienzo del párrafo, continuó el orador sencillamente:

"A mí no me ha derrotado nadie; y aunque así hubiera sido, la derrota sólo habría conseguido hacerme más fuerte, más optimista, más idealista, porque los únicos derrotados en este mundo son los que no creen en nada..."

Con su fe inquebrantable en el bien, en la justicia, en la belleza, aquel hombre que en esos mismos días publicaba su traducción de los poemas de Kabir precedida por un ensayo que contiene su mejor prosa y su más exaltada profesión de idealismo, nada temía y se proclamaba invencible, pues su arma era el amor. "¡Trabajo va a tener el Enemigo para desalojarme a mí del campo de batalla!" Y en esa actitud apostólica, tranquila,

confiada, con que parecía confirmar "la serenidad de su fuerza", lo aclamó aquella noche de homenaje y despedida la ciudad en que posó el más grande de sus sueños...

IV

FIGURAS DE LA UNIVERSIDAD

EL VICEPRESIDENTE FUNDADOR

En la obra.

La creación de la Universidad Nacional de La Plata revivió en los primeros tiempos de su actividad fecunda, los días ávidos y desbordantes que señalaron el nacimiento de la ciudad misma. Aquel vasto organismo, ramificado por toda la población, ansioso de expandirse, con núcleos vitales en barrios distintos, parecía comunicar su vigor y su optimismo al medio casi inerte que lo contenía. Levantábanse muros gigantescos; habilitábanse los palacios abandonados; multiplicábanse las aulas y los laboratorios; estudiantes de todo el país, becados de repúblicas vecinas, familias enteras trasplantadas por el hijo universitario, radicábanse en la joven y desfallecida capital. ¿Repetíase el milagro? ¿Era posible una resurrección? Ese movimiento, ese rumor creciente, esa invasión juvenil... La ciudad icárea creyó sentir un estremecimiento en las alas vencidas.

El sueño de Joaquín V. González era ya una realidad innegable. Desde su mesa presidencial, el fundador contemplaba su obra y regía la marcha armónica de los diversos institutos. A su lado

estaba un hombre de inteligencia práctica y gran energía, consejero seguro y modesto, ex soldado, ex juez, ex legislador, publicista al servicio de la libertad integral, fundamento, según él, de toda moral: Agustín Alvarez. Los dos constructores de la llanura eran montañeses, y su afinidad andina afianzaba el vínculo de los espíritus. "No hablábamos nunca de nosotros mismos — escribió uno de ellos, años más tarde, cuando los separó la muerte—; nos entendíamos sin vacilar y sólo por el interés patriótico o humano de la acción... Jamás hemos dicho: vamos a discutir, sino: vamos a hacer... Una cultura superior conduce siempre a esas cumbres, desde las cuales se divisan los vastos horizontes, y se miden en su valor comparativo los conjuntos de los hombres y las cosas. Y Alvarez había nacido con esa impulsión de altura, con esa fiebre de saber que fué la definición del período medio de su vida, en cuya culminación le halló su hora postrera".

El gobierno y la docencia universitarios, ejercidos por vez primera en La Plata, llegaron para el Dr. Alvarez después de una larga acción del carácter y de la inteligencia en campos distintos. Egresado del Colegio Militar, la vida dura y pintoresca del campamento, en expediciones lejanas o durante la guerra civil, púsole frente a un variado material humano, sorprendido en su espontaneidad primitiva, que aprovecharía el futuro sociólogo. Luego, graduado en derecho, ingresó en la magistratura civil, y años más tarde fué vocal del

Consejo de Guerra y Marina, cargos que también habían de favorecer al observador humano. Un período parlamentario en el Congreso Nacional, representando a Mendoza, su provincia, determinó su orientación política y lo aproximó para siempre a su colega Joaquín V. González. Simultáneamente, el periodista militante, inspirado por un noble idealismo y documentado por un anecdotario inagotable, exponía, en forma anónima y popular, su acervo sociológico. La colección de esos artículos sabrosos y desaliñados, como la mayoría de los suyos, constituyó su primer libro: *South America.*

"Tuvo, en cierto modo, la ventura singular de Lincoln, de haber entrado en el mundo de las ideas después de haber recorrido un buen tramo del camino de la experiencia", anotaba su gran amigo riojano. Y porque esa experiencia era preciosa en una casa de estudios que se proponía abrir sus ventanas a la vida, el fundador y primer presidente de la Universidad platense estimó en el pensador mendocino, vicepresidente fundador de la misma, a un colaborador eficaz como pocos...

EN EL HOGAR

Sencillo, cordial, ameno, sin afectaciones ni reservas en la amistad ni en el alma; varón austero y probo, justo y abnegado, Agustín Alvarez inspiraba respeto y cariño a un mismo tiempo. Su prédica de moralista cimentábase en su propia conducta; su optimismo social, su fe en el hombre perfectible, alentaban su incisión mordiente al señalar bajezas, trasgresiones y cobardías. La plenitud de su talento coincidió con la función universitaria. "La Universidad platense tuvo en Alvarez uno de sus espíritus creadores; pero Alvarez tuvo en la Universidad el clima moral que su talento necesitaba para llegar a la madurez" — ha escrito con exactitud Ricardo Rojas. Desgraciadamente, aquella conjunción fué demasiado breve. Representaba a la Universidad en un Congreso europeo, cuando la enfermedad hirió el cerebro de Agustín Alvarez, a los 56 años.

Meses después de su regreso, visité al ilustre cuyano en su casa de la capital federal. Era un domingo de fines de agosto. La calle Carlos Calvo, gris, monótona, inexpresiva como casi todas las del barrio sur, estaba desierta y silenciosa. Los árboles que la acompañaban, desde Entre Ríos hacia el río, plantados por iniciativa del doctor Alvarez — quien cuidaba personalmente los que

correspondían a su acera — aguardaban la visita primaveral. El aire tibio parecía anunciarla... Acerté con la puerta que buscaba, y llamé. Un patio abierto, embaldosado, seguía al zaguán. Otros patios interiores se adivinaban desde afuera. En el último de ellos había instalado su taller de carpintero el dueño de casa; la mano hábil, nunca ociosa, solía cambiar la pluma por el escoplo y la garlopa...

Hiciéronme pasar a una habitación inmediata, que daba a la calle y era el estudio. Allí estaba el doctor Alvarez, sentado en un sillón, y a su lado, doña Agustina Venzano, su inteligente compañera, la madre de sus hijos. Anaqueles colmados llegaban hasta el techo. Había luz de intimidad, clara pero sin brillo. Toda la casa sumergíase en el silencio dominical que abolía las vecindades...

Apenas había cambiado el enfermo en su aspecto físico. Pero aquel hombre sustraído a la conversación, a pesar de que se esforzaba en seguirla, no era el interlocutor chispeante, fecundo en recursos y en cuentos al caso, de otros tiempos. Sentí que me vencía un sentimiento angustioso, y para sobreponerme a la realidad resolví anularla, pensando, para mis adentros, de este modo:

"El doctor Alvarez que tengo ante mis ojos es el educador, el publicista, el constructor espiritual de siempre, que aprovecha su domingo de buen obrero para descansar en su propio taller, junto a la mesa que conoce la temperatura de sus crea-

ciones, entre los libros que conocen su curiosidad, su tenacidad, sus insomnios...

"La dama que está a su lado no acompaña a un enfermo; es la elegida, la amiga dilecta del filósofo, la colaboradora velada, la fuerza secreta del luchador; y en esta tregua dominical, en la comunidad de una pausa perfecta y exquisita, ambos sienten que esta paz que los envuelve está compuesta de concordancias recónditas en su destino solidario..."

Y voluntariamente asido a esa impresión imaginaria, volví a la calle.

El último paseo

En el verano siguiente, Agustín Alvarez y su familia se instalaron en un chalet de Mar del Plata. El ilustre ensayista llevaba una vida retraída. Solía pasar las mañanas en la Rambla, sentado, contemplando con mirada ausente el horizonte marino y el desfile de los paseantes; daba, a la tarde, cortos paseos a pie, y de noche, con el espíritu alejado, presidía la reunión familiar de la que participaban frecuentemente algunos amigos.

Yo compartí su mesa y la tertulia en dos o tres ocasiones. El doctor Alvarez seguía la conversación general con una leve sonrisa estereotipada en el rostro broncíneo y la mirada dolorosa de sus ojos indiferentes, antes vivaces y alertas. Cuando

hablaba, lo hacía lenta y dulcemente, en pocas palabras y con visible esfuerzo. Su memoria prodigiosa lo traicionaba a cada instante; los nombres más familiares huían de su pensamiento y era penoso comprobar cómo prefería encerrarse en un silencio lleno de mortificaciones que no alteraba, empero, la serenidad de su rostro, acaso por un esfuerzo interior que concentraba las últimas energías del ser moral.

En esos momentos, su compañera cultísima encontraba siempre el modo delicado de proseguir la conversación, sin parecer suplir al enfermo. Ella era, por cierto, la vestal abnegada, inseparable del fuego mortecino. Habiéndose identificado con la llama pretérita, mantenía la supervivencia del gran espíritu, confundiendo su propio fulgor en la alianza generosa y disimulando su aportación continua en el amor vigilante de su culto.

La tarde del 15 de febrero de 1914, tres o cuatro amigos, entre quienes se hallaba un hijo del doctor Alvarez, hicimos una excursión, a pie, hasta el Faro. Al regresar, ya vecina la noche, lo encontramos en las proximidades de su casa y lo acompañamos hasta ella. Había dado su paseo habitual sin fatigarse y participó en nuestra charla con inusitada animación. Mientras pasábamos frente a una residencia suntuosa, de hermosos jardines, alguien aludió a los negocios turbios del propietario. Se murmuraba de un nuevo concurso de acreedores...

—¡Bah! Este es baqueano *pa* quebrar.

Reímos en coro. La chuscada era de don Agustín. Había fluído de sus labios con la gracia socarrona de buen criollo que en otros días sazonaba su pintoresco decir. Todos lo miramos, sorprendidos y alborozados. ¿Estaría en vísperas de recuperar su vigor intelectual, sus medios expresivos? ¿Lo escucharíamos nuevamente en la cátedra? ¿Podría reanudar su actividad literaria? Nos despedimos en la puerta de su chalet con esa esperanza...

¡Y a la noche siguiente acompañábamos su cadáver a Buenos Aires!

EL ARQUEOLOGO

EL estudiante provinciano recién llegado a La Plata para ingresar a la Universidad, dedicó una tarde a la visita del Museo. Le habían descripto en la pensión algunas piezas fósiles como rastros de otro planeta, y su desconfianza de forastero optó por la incredulidad maliciosa hasta el momento de la prueba. Dicho momento se aproximaba mientras el visitante desviábase de la avenida central del Bosque para tomar un camino lateral. Ya tenía ante sus ojos el vasto edificio amarillento, de planta elíptica. Llegó al pie de la escalinata, miró con asombro y timidez el frontispicio exástilo, de capiteles corintios, cuerpo saliente que prepara al espíritu que debe investigar el interior misterioso, y subió los peldaños de mármol vigilado por la pareja de esmilodontes que le esperaba arriba. Salvado el luminoso peristilo, penetró en una rotonda que, por contraste, juzgó demasiado sombría. Descubrió en ella, sin embargo, los paisajes murales; pero como ya sintiera algo semejante a un vaho glacial de remotísimas edades que le calaba la médula, corrióse a una galería, bañada por el sol invernal, que se abría a su izquierda.

Era una sala paleontológica. Las osamentas colosales, armadas sobre un pedestal o suspendidas

del techo o repartidas en armarios de los costados, tenían una blancura yesosa que en correspondencia con el lustroso piso de mosaico trasmitía al visitante un aterimiento de desnudez... ósea. No le habían mentido en la pensión. ¡Qué monstruos! Contempló costillares como cascos de navíos, quijadas como para navegar, vértebras como hélices. Recibió una impresión de astillero, de dique de carena, y siguió adelante. La sala de mamíferos contemporáneos lo retempló; estaban, sobre todo, forrados con su propia piel. La habilidad de los preparadores había conservado la apariencia de la vida y de la actitud en el bisonte y la cebra, en el oso y la llama, en el tigre que sangra a su presa y en la morsa que ocupa su trono polar. Igual naturalidad halló el joven provinciano en la colección ornitológica. Pájaros desconocidos, de plumaje suntuoso, posábanse en su rama o construían su nido. Vió luego reptiles detenidos en las paredes, peces de formas grotescas y moluscos aterradores... La luz torrencial asaltaba los ventanales contiguos y por ellos tomó contacto con la realidad cotidiana, al reconocer, a corta distancia, aspectos del bosque urbano. Pero aquel apoyo desapareció en seguida, al penetrar sin saber cómo en un departamento aislado de la superficie soleada. No acertó a definir si el estremecimiento que le recorría el cuerpo se lo provocaba el cambio de ambiente o la multitud macabra. Habíase metido en la sala de antropología; numerosos esqueletos humanos, de todos

los tamaños, emparedados entre vidrios, erguíanse como para romperlos y escaparse; centenares de calaveras asomábanse en filas superpuestas a su cristal funerario... Huyó el estudiante de aquella compañía, dió vueltas sin saber por dónde y se detuvo ante una hilera de chozas de aldea africana. Pero las casas parecían de piedra y comprendió que debían ser caparazones antediluvianos. Estaba, efectivamente, en la sección de gliptodontes.

Algo mareado por aquellas obras de la naturaleza, subió a la planta alta en busca de las del hombre. Observó fugazmente los óleos colgados en un salón largo y angosto, y aun cuando no entendía de pintura, miró embelesado un desnudo femenino, reconoció el realismo de una tapera y prometióse volver para apreciar detenidamente tres o cuatro grandes lienzos. Pasó a las salas vecinas donde se exhibían objetos indígenas, precolombianos y modernos. Sintióse hondamente atraído por la piragua y el menhir, por las flechas de guerra y los petroglifos, por el hacha y el mortero de piedra. Pero experimentó el mayor deleite ante las formas múltiples y graciosas de la alfarería rústica. Cántaros y tinajas le refrescaron el alma con un recuerdo casero que lo devolvió instantáneamente al patio familiar y a los arroyos de su región. Una ollita con pies lo distrajo haciéndole pensar en un animalito que podía echar a correr por la vitrina. Los pucos o escudillas ornamentados por dentro y por fuera; un vaso tricolor, un yuro de gollete

esbelto, otros delicadamente decorados, y diversas urnas funerarias de líneas puras y tonos vivos, llevaron su imaginación a las viejas razas de América, a las civilizaciones prehistóricas, a los cementerios que atesoran los restos de la vida pretérita, a las entrañas avaras de la tierra que el hombre temerario revuelve y despoja...

Y en ese instante oyó a su lado una voz que anunciaba:

—Ahí viene el director del Museo.

Cruzó la sala con paso rápido un anciano fino, de barbilla nevada, de sedosos aladares, de cutis infantil, vestido de negro y con el cuello envuelto en un ponchito de vicuña...

¡El director del Museo! ¡Don Samuel Lafone Quevedo! ¡El arqueólogo de los valles calchaquíes! Y el buen muchacho quedóse con los ojos clavados en la puerta por donde acababa de irse aquel viejito desenterrador...

LA OJIVA

PROMEDIA una tarde luminosa. Enrique Ferri, criminalista y sociólogo, orador magistral, habla en el pequeño salón de la Universidad, ante un público apeñuscado, dócil arcilla que el orador moldea a su antojo. Alto, esbelto, de vigorosa delgadez ceñida por la levita negra, el rostro encendido, blanca la barba, blancos los ensortijados cabellos, parece un ciprés nevado y con sol.

La voz musical, vibrante, cristalina, llena el ámbito. No se pierde una sílaba. Y el taumaturgo, de pie en medio del estrado, dominando de frente a toda la sala, concentra la atención máxima del auditorio, la descarga con una anécdota jocosa, llama alternativamente a las puertas de la inteligencia y del corazón...

Una pausa; un paso. Continúa. Otra pausa; otro paso... Se ha aproximado, sin que lo advierta especialmente el público, a un muro lateral. La tarde palidece en el recinto; fluye la penumbra de los ángulos; pero el sol está aun en las ventanas, asido como un náufrago, en postrer esfuerzo, con brillo exasperado...

El orador se despide evocando las catedrales góticas; su cuerpo, casi espectral ahora, tiene detrás un cristal irisado. Al nombrar la ojiva, alza

los brazos y une las manos por encima de la cabeza... Su aureola de cabellos blancos adquiere una temblorosa inmaterialidad de halo, y el contraste del cuerpo oscuro sobre la fulgencia del fondo ofrece la visión fantástica de una figura de vidriera policroma que se desprende y avanza.

DON JOAQUIN

INVIERNO

La tarde invernal se hiela en el hondo patio del palacio universitario, y la noche, ya embalsada en los corredores, espera su oportunidad para derramarse y anegarlo todo. Es la hora en que debe dictar su clase de historia diplomática el presidente, cuyo despacho, fronterizo al aula, tiene puerta a la galería claustral del piso alto. Por esa puerta de cristales opacos, ya iluminados desde el interior, sale un ordenanza cargado con una pila de gruesos volúmenes: es el más exacto timbre de llamada para los estudiantes que, apresuradamente, entran a disputarse los asientos preferidos. Una penumbra glacial mana de los altos muros del aula. Sobre la mesa del profesor hay una lámpara de pie con pantallita verde; su flor eléctrica, en el extremo de un largo tallo flexible, envía reflejos glaucos hacia los alumnos y dedica su foco vivaz al lugar del catedrático. Junto a la mesa, por debajo de su nivel, otras luces, entre rejillas, arrojan su claridad dentada a la pared vecina: son los fuegos de un castillo minúsculo, alimentado a petróleo, que pretende mellar las espadas del frío...

Llega el doctor González con sobretodo y bufanda, restregando sus manos anchas y velludas.

Siéntase; toma un libro de los apilados a su diestra; lo abre en la página señalada; busca un párrafo... La luz talla enérgicamente su rostro. Ya tiene cenicientos el cabello corto, el caído bigote, la barba en punta. Sólo conservan su negrura las cejas.

Comienza la clase. El profesor diserta, lee, glosa. No mira al auditorio. No se sabe qué miran los ojos semicerrados cuando se apartan del libro. La voz grave, pausada, opaca, se alía a la oscuridad creciente de los rincones, de las altas paredes, de las filas de bancos desocupados, de los cuerpos borrosos que se mueven en silencio, allá en el fondo de la sala...

Otoño

PROMEDIA la tarde. El presidente de la Universidad deja su despacho, y acompañado por el decano de la Facultad de agronomía y veterinaria, sale, en el carruaje de éste, a dar un paseo por el parque.

El doctor González siente la embriaguez del cielo de La Plata en los días claros y serenos. La ciudad espaciosa, de construcciones bajas, de calles amplias y casi desiertas, parece estar suspensa en la atmósfera. Un cielo joyante enriquece los patios, anega las calles, desborda en las plazas y busca expansión por encima de los eucaliptos del Bosque. Bajo la luz todavía suntuosa del naciente

abril, la ciudad conoce una dulzura sin indolencia, una voluptuosidad sin ardor, una morbidez sin laxitud. Los árboles comienzan a escudar en broqueles de oro y plata su fragilidad pomposa. El aire huele a ramilletes ajados. La inmovilidad del Bosque conserva algo de éxtasis y ya tiene mucho de expectativa. Caen algunas hojas, lentas, como palpando su trayectoria...

Rueda el coche por la avenida central, suavemente, arrastrado por un trote contenido. Se desvía para dirigirse al Museo. Se detiene junto a la escalinata. Descienden sus ocupantes. Y a la mitad de los peldaños el poeta de las montañas se vuelve hacia las arboledas, entrecierra los ojos, aspira profundamente el aire embalsamado y permanece un instante en arrobo, en comunión secreta con las cosas, oyendo voces, músicas, mensajes que trepan por las raíces y se expanden con el crepúsculo...

Mediodía

El amplio y alegre comedor del pabellón principal del Internado, anexo al Colegio secundario de la Universidad, se llena de pupilos que vienen de las aulas, terminada la tarea matinal. Entra la luz de mediodía tamizada por los *stores* e irrumpe con brillo ofuscador por alguna ventana abierta para volcarse sobre un mantel y astillarse en vidrios y metales. El bullicio juvenil excede la

discreción, sin llegar al escándalo; es sólo la algarabía de una bandada que no acaba de posarse: cuando se ocupan los asientos, disminuye y se uniforma en un rumor mínimo.

El presidente y algunos profesores del Colegio han sido invitados a almorzar por un grupo de estudiantes. Todos ellos — diez, quince personas — siéntanse a la mesa trasversal que forma la cabecera del conjunto. Se conversa familiarmente. Alguien hace una pregunta, acaso intencionada. Y el doctor González responde con una disertación... gastronómica.

¡Manjares riojanos, arte culinario de los montañeses, néctares del terruño! El apasionado informante evoca amorosamente la huerta paradisíaca y la cocina rústica, los viñedos y el lagar, las provisiones silvestres, el noque de la aloja espumante bajo los parrones. Habla con ternura del algarrobo bienhechor que da su fruto blanco y negro para el pan y el vino; y de los olivos y las higueras y los naranjos. ¿Dónde encontrar uvas más carnudas, trasparentes y dulces, melones y sandías como los riojanos? El auditorio se desorienta cuando el erudito comensal se complace en nombrar los platos regionales; pero pasa pronto de aquella nomenclatura lugareña a la dulcería universal, exquisitamente representada en su provincia, pues el zapallo y la manzana y el limón sutil de La Rioja desafían a todos los de la tierra...

Se sirve el café. Recuerda entonces el doctor

González que hay en la casa una botellita de grapa curada traída por él de su heredad provinciana. Se la busca y llega a la mesa en bandeja magnífica. Es una redoma color de miel y casi llena del licor anunciado. Tres, cuatro gotas, perfuman el café con una ráfaga del Famatina...

KABIRIANA

EN 1920, la Asociación de ex alumnos del Colegio Nacional de La Plata, fundó la revista *Atenea*, cuya dirección se me confió. Desde el primer momento solicité la colaboración del fundador de la Universidad. Me contestó telegráficamente, desde Chilecito, en forma efusiva, prometiéndola. Tiempo después nos vimos en el Internado. "Tengo algo importante para su revista — me dijo. — La traducción de los poemas de Kabir, con prólogo y notas. Es un trabajo que quiero mucho. Sólo me falta poner en limpio los originales". Cuando así los tuvo, no quiso enviármelos por correo ni valerse de intermediario alguno, y me pidió que fuera yo al Senado nacional a recibirlos de sus propias manos.

La edición extraordinaria de *Atenea* se agotó en seguida, e insistentes pedidos del interior del país y de varias naciones americanas, determinaron una segunda tirada de los poemas kabirianos. Pero en parte alguna obtuvieron éstos un éxito tan

particular como en el Internado. Los pupilos, fervientes admiradores y "amigos" de don Joaquín, cuyas obras literarias ostentaban en sus departamentos, leyeron y releyeron con tanto cariño la traducción de los poemas místicos que no tardaron en recitarlos de memoria. Luego el duendecillo familiar reclamó sus derechos, y oyóse a los estudiantes emplear, a modo de saetas, de acuerdo con las circunstancias, los versículos más oportunos:

"La flor abre aunque no es la primavera, y ya la abeja ha recibido su invitación". (A un impertinente).

"Si las cuerdas estallan y las llaves se aflojan, entonces debe volver al polvo este instrumento de polvo". (Al piano de la casa).

"Todas las contradicciones están resueltas". (A un discutidor).

"Nuestro corazón cambia constantemente de lugar hasta que encuentra el amor, y sólo entonces descansa". (A un perezoso).

"Mi corazón desfallece aunque está vivo". (A un alumno que teme ser interrogado en clase).

EL TRIBUNO

"EL tribuno de Entre Ríos", solían decir sus admiradores, a comienzos del siglo, al referirse a don Alejandro Carbó, diputado por su provincia. Era profesor normal egresado de la escuela de Paraná, pero la política habíaselo escamoteado a la docencia. Años después, su amigo Joaquín V. González lo devolvía a la cátedra en la sección pedagógica de la Universidad platense. Nuevamente elegido diputado nacional, y luego presidente de la Cámara, no abandonó, sin embargo, la enseñanza, su amor primero que ya habría de retenerlo hasta el fin. Radicado en La Plata, viajaba a la capital federal para cumplir sus obligaciones parlamentarias; pero el tiempo restante lo dedicaba a su cátedra y a la ciudad tranquila...

¡Cómo gustaba pasearse, a paso lento, del brazo de su esposa — profesora en el Liceo de señoritas — por las calles anchas y soleadas, bajo los tilos balsámicos de la avenida Independencia, bajo el arbolado central de 51 y 53, por plazas y parques! Parecía un viajero optimista que visitaba por vez primera la ciudad. Iba por los sitios habituales mirando las cosas como si las descubriese; sonreía plácidamente al espacio joyante, a la rama tierna, al frontón, a la ventana, dichoso de

respirar, de ver, de andar, de ser un transeúnte pacífico en un día hermoso y por una ciudad clara y familiar. Trasparentábase en su rostro pálido y barbado una serenidad armoniosa, una conformidad definitiva; su alma ahondaba raíces sutiles en el sosiego urbano, en las avenidas pulcras y solitarias; su espíritu acogíase al silencio tutelar de la población. Amaba la luz local, la luz que entraba torrencialmente por los balcones de su casa, en la calle 5, y anegaba su gran mesa de trabajo y bruñía el lomo de sus libros...

Sentado a aquella mesa ordenada u ocupando un sofá inmediato, don Alejandro Carbó conversaba con sus visitantes, en su mayoría profesores y alumnos de la Universidad o jóvenes entrerrianos, pupilos del Internado, hijos de sus correligionarios o adversarios políticos, todos paternalmente alentados por él. Era un hombre afable y cortés, de sonrisa benévola y gran distinción de modales. El señorío de toda su persona adecuaba la sencillez sin familiaridad al decoro sin rigidez. Amigo de la juventud, asistía a reuniones y conferencias de estudiantes como uno de ellos, dispuesto a escuchar, a aprender, a renovarse, con naturalidad tan legítima que anulaba en su presencia la modestia y el exhibicionismo.

En un aniversario nacional de 1918, los estudiantes de la Universidad organizaron un acto público que concentró la manifestación patriótica más numerosa y entusiasta que haya visto la ciudad. Alumnos de las distintas facultades e insti-

tutos universitarios, de la Escuela Normal, de las escuelas comerciales y técnicas, formaron en larga columna que recorrió la avenida 53 desde la plaza Primera Junta a la Moreno, donde la esperaba una concurrencia nutrida. Alejandro Carbó había aceptado la invitación de los organizadores para hablar a la multitud. Después de hacerlo, mostró a algunos de ellos una hoja de papel donde anotara con lápiz azul comienzos de párrafo en que pensó apoyar su construcción oratoria. Pero la sorprendente grandeza del espectáculo, la unción juvenil, la luminosidad del día, la llegada de unos conscriptos en cuyos cascos metálicos partíase el sol, y esos detalles imprevistos que repentinamente abren perspectivas insospechadas a la imaginación, habían inutilizado sus puntales, comunicándole el ímpetu osado y la voluptuosidad creadora de una improvisación casi total...

Habló con elocuencia sobria, eludiendo la pompa, siempre desdeñada por su espíritu. Halló la imagen oportuna y la expresión eficaz, sin acudir a recursos ornamentales, extraños a su pensamiento. Logró exaltar sin ditirambo y conmover naturalmente. Tuvo la voz necesaria para hacer vibrante su arenga y moduló con maestría, evitando toda afectación. El ademán fué parco. La enérgica y delicada cabeza, erguida sin altivez, ¡cuán noblemente coronaba su pequeña figura sin teatralidad!

Dos años después, fué uno de los oradores que ofrecieron el banquete en el Jockey Club platense

a Roberto J. Payró, recién llegado de Europa y hasta poco antes prisionero de guerra. Leyó entonces, en tono íntimo, sin ademanes, inclinando la cabeza como si conversara amistosamente con los comensales, una página afectuosa, finamente matizada. El orador y el hombre tenían un mismo sentido de la mesura y la adecuación.

Meses más tarde, la agitación universitaria que comenzara en Córdoba, en 1918, adquiría extraordinaria violencia en La Plata. Don Alejandro Carbó, candidato a decano sostenido por determinada tendencia estudiantil, vióse mezclado en la lucha. Rotos los diques de la prudencia y la jerarquía, desquiciado el orden, enardecidos los militantes, el profesor Carbó se impuso a los más audaces con la serena firmeza que parecía irradiar, y atravesó las asambleas turbulentas ante el silencio respetuoso de los más hostiles. Pero el huracán había destrozado su quimera al desbaratar sus nupcias espirituales con la ciudad universitaria. Levantó su tienda; y con la dignidad invariable que le acompañaba en los días venturosos como en los desventurados, se alejó para siempre...

EL VECINO FIEL

SOLIA asociar humorísticamente — y acaso con secreta liturgia de su cronología personal — dos acontecimientos próximos, de equivalente grandeza histórica para su recuerdo: la publicación de *Primaverales* y la fundación de La Plata. ¿No había prologado su primer libro el ex presidente de la República que, poco tiempo antes, y como último acto trascendental de su gobierno, privara a la provincia de Buenos Aires de su capital? ¿Y no había el poeta porteño abandonado su ciudad para radicarse definitivamente en la nueva capital de la provincia?

—Porque estas calles que he visto crecer y trasformarse...

Salía de la Universidad, después de dictar su clase matinal de derecho civil, y caminaba lentamente por la ancha acera, en compañía de un joven alumno, al que describía la ciudad en su primera década.

—Estas calles que son como una prolongación de mi hogar...

Salía de la Escuela Normal, donde dictaba clase de literatura a señoritas, e iba retrocediendo en el recuerdo hasta su adolescencia porteña, evocada una vez más para un nuevo oyente: el Colegio

Nacional, dirigido por José Manuel Estrada; el primer premio obtenido en el certamen poético organizado por el rector, con su canto a *La muerte de Jesús,* cuando contaba 16 años; en seguida, su audaz solicitud de empleo dirigida al presidente artista, y basada, naturalmente, en aquel triunfo literario; la inmediata y generosa acogida del doctor Nicolás Avellaneda, y pocos años después el prólogo del estadista romántico, magnífico espaldarazo:

"Enrique Rivarola es hijo de Werther, de René, de Obermann, de las "Meditaciones" de Lamartine y de las "Noches" de Musset; es hermano de Olimpio por su juventud y por su tristeza; es hijo, sobre todo, de este siglo que ha modelado su corazón; y sus instintos secretos le advierten ya, a pesar de su juventud, que hay mayor inmensidad en la soledad del alma que en la soledad del desierto..."

Pero *l'enfant du siécle,* atraído por la política, absorbido por la jurisprudencia, radicado en la ciudad más joven y menos sombría del país, había defraudado a la tétrica musa de la desesperación. El adolescente triste, resultó un hombre jovial que, bajo su aparente gravedad, ocultaba un amenísimo "causeur". El precoz descubridor de la inmensa soledad del alma, jefe de un hogar feliz, daba en sus salones los bailes mejor concurridos de la sociedad platense. El antiguo cantor lacrimoso, emancipándose de la solemnidad judicial,

rimaba en octosílabos soleados sus gozos de buen remero en Río Santiago.

—Estas calles por donde se fueron los seres queridos que perdí...

También estaba enraizado por la muerte a la ciudad. ¡Y la muerte cantábale al oído su íntima balada de la fidelidad al suelo en que ahora lo posee!

EL ULTIMO ROMANTICO

AQUELLA noche abrileña de 1916, prolongaba anacrónicamente el sofoco de estío en su atmósfera límpida de comienzo otoñal. El aire indolente no acertaba a mover los cortinajes de tul y todas las ventanas abiertas pedíanle socorro para el gran salón, repleto, del Colegio Nacional. El anuncio de una lectura teatral de Davil Peña congregaba un público ávido. Años antes y en oportunidades distintas, había leído en el antiguo local de la Biblioteca su comedia política *Próspera* y su drama alegórico *Magnaud*. Aquella noche iba a leer su drama realista *Un loco*. Quienes lo habían oído, quienes asistieran a sus famosas conferencias sobre Juan Facundo Quiroga, en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, y los alumnos platenses de la Facultad de Derecho que escucharan sus lecciones de historia constitucional, elogiaban, entre la concurrencia, su arte de lector y expositor, aumentando así la ansiedad de todos. Y el lector admirable no defraudó, en verdad, ni a los más exigentes. Pero comenzó demasiado tarde, precedido por varios números de música, y como la obra era extensa, tuvo que apresurar el último acto ante la intranquilidad y la

deserción de una parte del público, para terminar, asimismo, cerca de las dos...

Acompañado por algunos profesores jóvenes del Colegio, organizadores del acto, David Peña salió del local. Lentamente, haciendo alto cada veinte pasos, el pequeño grupo, fascinado por la palabra incesante del huésped, dirigióse a la plaza Primera Junta, frente a la cual estaba el hotel en que tenía reservada aquél su habitación; pero a su pedido instaláronse todos en un banco, bajo los árboles de un camino lateral. La noche continuaba sofocante. El doctor Peña, de "smoking", con la pechera que fué rígida, ampollada, desmoronado el tieso cuello, y enjugándose la frente, y ora de pie, ora sentado, habló hasta el alba...

Tenía la voz muy suave y acariciante, la dicción pausada, la entonación elegíaca. Conversaba como leía o disertaba en público: rara fusión de confidencia persuasiva, de tesitura declamatoria, de evasión lírica. Era ese último romántico que no acaba de irse: idealista obstinado, habitante inactual de un mundo antagónico, sonámbulo de la vida. Pero no había en él amarguras ni rebeliones; su espíritu perpetuamente joven y enamorado de lo bello, disolvía las mayores decepciones en una gota de rocío. Sobrábanle cualidades para imponerse y triunfar; faltábanle ambición y constancia. Acometía empresas grandiosas y gastaba sus fuerzas y su entusiasmo en el primer impulso; defendía la memoria de los héroes procesados, indiferente a la impopularidad; desechaba el ofrecimiento de los poderosos, quedándose con su amistad personal. Pobre y espléndido, refugiába-

se en las alturas. Eran su morada habitual, desde la adolescencia, cuando un presidente como Avellaneda lo alentara y un prohombre como Alberdi lo hiciera su confidente. Luego supo conquistar la amistad de casi todos los presidentes de la República y de los hombres públicos más destacados del país.

—Los he conocido de muy cerca — decía la voz envolvente, como en sueño, bajo las estrellas que se asomaban al follaje—. Unos están alojados en mi corazón; otros visitan mi recuerdo en horas de angustia y escepticismo; todos me acompañan para retemplar mi fe en los destinos de nuestra Argentina...

Evocó la sonrisa inquietante del general Roca al serle presentado en su juventud, como secretario "imberbe" de una intervención federal; y el zarpazo alentador y absolutorio de Pellegrini en el estreno de *Próspera* y la amistad desinteresada de Figueroa Alcorta. Evocó su viaje a Europa, como secretario de una embajada especial, después de las fiestas del Centenario, y halló la nota emotiva, el trazo cáustico, la pincelada generosa, para animar sus recuerdos de artistas, príncipes, toreros, escritores, diplomáticos, en palacios, talleres, tabernas, de Madrid y Sevilla; y vagó y divagó deliciosamente por barrios de París y se conmovió al describir, una vez más, su visita a la tumba del corso...

Rodeaba al pequeño grupo trasnochador el silencio frágil de las altas horas. Habíanse cerrado

los cafés vecinos, no circulaban vehículos, nadie cruzaba la plaza. El conversador, infatigable, pasaba de un asunto a otro con la vivacidad y la seducción del primer instante... ¿De qué habló todavía? Del teatro, sin duda, su pasión sin eclipses; de Shakespeare, su ídolo de todo tiempo. Mas la noche iba a desmontar, muy pronto, el tablado sibilino del ruiseñor, y no demoraría en disparar su saeta la alondra, heraldo de la mañana. Era el momento de despedirse. Y con palabras de los amantes de Verona, el encantador saludó la luz del nuevo día...

EL BIBLIOFILO

EL presidente de la Universidad designó en 1908 director de la Biblioteca central a don Carlos Vega Belgrano, quien, con ese motivo, durante varios años — o sea hasta su muerte — viajó casi diariamente de Buenos Aires, donde residía, a La Plata. Pero esta ciudad lo ignoraba.

Al iniciar sus funciones de director, la Biblioteca ocupaba aún el piso alto del palacio de la Legislatura, sobre la calle 8, y en su sala, continuando la práctica iniciada por el establecimiento mientras perteneció a la provincia, la nueva Universidad celebraba sus conferencias de extensión cultural los domingos de invierno, a la tarde. Presidía los actos, como era natural, el "dueño de casa". Y así conoció personalmente al funcionario la numerosa y renovada concurrencia que a ellos asistía. Pero en 1910 fué trasladada la biblioteca al edificio de la Universidad, y los actos públicos de ésta realizáronse desde entonces en otros locales. Sólo en contadas oportunidades, y despojado ya de su antiguo privilegio, veíase en dichas reuniones al director. Pocos platenses supieron, en adelante, quién era y a qué llegaba casi diariamente a la ciudad...

Vivía sin ruido. Actuaba sin ostentación. Ha-

blaba en voz baja y quejumbrosa, de acento dramático y veladura de nostalgia. Sentado junto a la ventanilla, mientras el tren cotidiano lo conducía, a las mismas horas, de una a otra ciudad; absorto en la contemplación de un panorama interior sin correspondencia con el paisaje fugaz que parecía mirar, volvíase de pronto a su compañero de viaje — algún profesor o empleado de la Universidad — y lo hacía su confidente ocasional. ¡Europa! ¡Los años briosos y ligeros vividos en el Viejo Mundo! ¡Dulces rincones de la antigua Alemania! ¡Berlín imperial! Un recuerdo amistoso le humedecía los ojos; un recuerdo galante lo rejuvenecía instantáneamente. O saltaba de un mundo a otro: ¡Buenos Aires de los tiempos de *El Tiempo,* su diario generoso como la luz, extinguido como una llama! Y los amigos que también pasaron; la fiebre del arte y el fervor de la belleza entre camaradas; y el nacimiento de *Prosas profanas,* el libro mágico que lleva su nombre en la primera página...

Vivía sin ruido. Amaba sus recuerdos y los libros. Era bibliófilo desde su juventud. Atesoraba en sus anaqueles raros ejemplares, ediciones preciosas, centenares de valiosos volúmenes. Ese tesoro constituía toda la fortuna del gran señor a quien más de una vez, en días lejanos, llamaran mecenas sus favorecidos. Y cuando el amigo leal y comprensivo lo puso al frente de la biblioteca de la Universidad, fuente pública para los sedientos, debió el nuevo director de reflexionar acerca

de aquella riqueza estéril que había acumulado para su soledad. Porque un día encajonó varias pilas de sus libros — obras completas de grandes autores en diversos idiomas, colecciones de revistas inhallables — y remitió a La Plata el magnífico regalo. Y otro día, al salir de su casa, llenó sus bolsillos de tomitos primorosos que no volvieron a Buenos Aires. Desde entonces, fué trasportando personalmente, en pequeñas porciones, su montículo a la montaña, su biblioteca a la Biblioteca...

Pero la ciudad lo ignoraba.

LA NOCHE

> No es tanto la noche para que duerman los ignorantes, cuanto para que velen los sabios. Y si el día ejecuta, ella previene.
>
> GRACIÁN.

"MIS recuerdos más lejanos de Joaquín V. González — ha escrito don Mariano de Vedia — proceden de una época en que abandonaba al venir el día sus tareas de redactor de diario para dedicarse a sus estudios propios, sintiéndose feliz, como si descansara, al dejar la pluma del periodista y consagrarse a sus labores de investigador afanoso y de escritor infatigable".

El periodismo porteño convirtió al intelectual riojano en un trabajador nocturno; al emanciparse, llevaba su marca indeleble: el hábito de la vigilia. Ministro, legislador, presidente de universidad, no quiso, no pudo libertarse de aquel trasnoche fértil; y tras un día agobiado por las obligaciones y las responsabilidades del gobierno, después de cumplir los fastidiosos compromisos mundanos que impone un cargo como aquéllos, en horas que los demás consagran al descanso del cuerpo y de la mente, desentendíase de los vínculos extraños a sus gustos espirituales, a su ideal recóndito, a lo más íntimo de su alma; despedía al sueño como a un paje inoportuno, y se internaba, señor de Ariel y de Caliban, en su isla maravillosa.

*

* *

Cierta vez le dijo a su amigo el doctor Juan Alvarez: "A eso de las 11 de la noche, cuando termino las tareas obligatorias, empiezo a trabajar por mi cuenta y me pongo la corona".

¡Monarca nocturno! Era de estrellas su corona.

*
* *

La medianoche acallaba los ruidos de la ciudad; dormía la casa familiar, a oscuras. Sólo una lámpara insomne velaba; a su redor bullía el silencio espiritado de la biblioteca. El doctor González comenzaba por hojear un libro, tal vez un pequeño y primoroso volumen, una rara edición para bibliófilos; un poeta isabelino, un filósofo oriental; el breviario de un asceta... Era su baño lustral para penetrar en su reino. Luego llenaba cuartillas, absorbíase en la lectura, meditaba en un sillón, escuchaba...

Tenía el oído del montañés, acostumbrado a percibir, a destacar, a reconocer, a localizar en la tiniebla los múltiples rumores de los niveles invisibles. Sabía diferenciar el roce de la piedra del frote leñoso, y entendía el lenguaje del viento y adivinaba la fuga del reptil. Había aprendido a escuchar, desde el fondo del valle, desde lo más hondo del ser, en el silencio vivo de sus noches andinas, las músicas del éter, la resonancia sideral, la sinfonía cósmica. Pero en la soledad de la biblioteca, el oído del montañés trasplantado cap-

taba otras ondas, descifraba otros ecos, a través de la doble noche de la naturaleza y de la historia. Y se embriagaba con las armonías del sentimiento y el pensamiento de los hombres...

*
* *

Era un perpetuo evadido del sueño; pero llevaba su estigma. Las horas luminosas en que reposaba no podían imitar el hechizo de la amapola nocturna que cierra, con las sombras del cielo, los párpados dóciles. El día lo mostraba sin vivacidad, semiausente, semidespierto. La caricatura política explotó aquella apariencia de adormilado, atribuyéndola a socarronería provinciana. También creían sus amigos que a fuerza de trastrocar las horas del reposo, habíase forjado una segunda naturaleza.

"Se acostumbró así a soñar despierto — escribió el doctor Ernesto Quesada —, en un aparente letargo profundo, pudiendo abstraerse mentalmente en medio de los demás, y la sonrisa estereotipada de su fisonomía bondadosa parecía indicar que participaba en la conversación de amigos, en la discusión parlamentaria o en las audiencias ministeriales, siendo que frecuentemente su espíritu se hallaba a mil leguas de distancia... Pocos hombres he conocido que hayan realizado más admirablemente ese curioso fenómeno del desdoblamiento corporal y mental: siempre rodeado de amigos — sea por verdadera simpatía o por-

que la función política de por sí atrae esa cohorte—, dejaba a éstos satisfechos con su presencia, y si alguna vez resultaba que al consultar alguna súbita interpelación parecía no estar al tanto de lo que se había discutido, se disculpaba la distracción con el rasgo soñoliento de su personalidad, en constante actividad diurna y nocturna''.

*
* *

Una tarde de 1918, en un saloncito del internado de la Universidad platense, el doctor González hablaba de las obras en prosa de Rabindranath Tagore, su poeta preferido de aquella hora, y leyó algunas páginas al pequeño grupo que lo escuchaba, utilizando ejemplares pertenecientes a profesores y estudiantes de la casa, contagiados por su entusiasmo. Entre los párrafos que iba traduciendo mientras leía, uno, de *Sadhana*, impresionó particularmente al auditorio por la entonación misteriosa que dió el lector a sus palabras. Helo aquí:

''La noche pasada escuchaba yo, solitario, la voz del cantor de las melodías eternas. Después, antes de dormirme, cerré los ojos fijando la mente en este último pensamiento: también cuando yo yazga en la inconsciencia del sueño, proseguirá sobre la arena silenciosa de mi cuerpo durmiente la danza de la vida en armonía con la de los astros. Palpitará mi corazón, correrá la sangre por

mis venas, y los millones de átomos vivientes de mi organismo vibrarán al unísono con las cuerdas del arpa resonante bajo la mano del Señor"...

*

* *

Gloriábase de ser un "musical", y declaró una vez en público:

"Yo mismo soy un instrumento de música, de una sensibilidad y una afinidad tan vasta y universal, que no hay forma, grado, intensidad o profundidad de música que no halle en mi organismo, o en alguna de mis facultades, una resonancia, una correspondencia, una comprensión. Desde la gota de agua que cae monótona sobre su vasija de piedra en el fondo de la gruta, hasta la nota más sutil puesta como un grano de oro rimado en el inmenso conjunto de una orquesta, me causan una sensación y despiertan un eco en esta extraña "caja de resonancia" que yo tengo por cuerpo y por espíritu".

En los últimos años de su vida, las decepciones de la acción pública, el mal que ya mordía su carne y el descubrimiento de algunos poetas orientales, avivaron su amor a la soledad y le despejaron en ella un camino, ya abierto desde la juventud, hacia la contemplación y el éxtasis de los místicos. Levantó con piedras de su terruño nativo la vivienda crepuscular que bautizó con nombre indígena, Samay Huasi, o Casa del Reposo, y en aquel refugio montañés que conservaba el

perfume de su infancia tradujo amorosamente los poemas de Kabir. Compenetrado con el místico de la India, oyó la "música intangida" que sólo escucha el alma en su desposorio hipostático, y ascendió a las esferas de la suprema beatitud... Hubiera podido disolverse en las armonías de la noche andina, descorporizado en un arpegio astral. Pero la muerte exigió antes, como tributo del elegido, su lenta agonía en la ciudad populosa, indiferente, sorda...

*

* *

Vi por última vez en la calle a Joaquín V. González cierta mañana de invierno. Salía de una librería inglesa; creo que algunos libros abultaban los anchos bolsillos del sobretodo; una bufanda gris, en dos vueltas, le ocultaba la mitad del rostro, casi hasta los ojos. Me pareció muy pálido, adelgazado, inseguro. Se alejó por la calle Cangallo, contra el viento glacial que llegaba del Plata...

Tuve la impresión de verlo por última vez. Supuse que después de una noche de labor había salido en busca de alimentos espirituales, olvidado del sueño... El día crudo lo acusaba, lo rechazaba, vengábase del fantasma rebelde exhibiendo su consunción, sus quemaduras nocturnas, celoso, como todos los días innumerables, de la noche única, según el himno de Péguy:

O Nuit tu est la nuit. Et tous ces jours ensemble
Ne sont jamais le jour, ils ne sont jamais que des
[jours....

V

PRIMAVERA FUNEBRE

Abigail Lozano, Pedro Mario Delheye, Héctor Ripa Alberdi, Alberto Mendióroz, Francisco López Merino... Los cinco partieron en plena juventud; todos pagaron a Caronte con un puñado de versos. La ciudad se disponía a escuchar su canto cuando cesaron las voces. Por eso la primavera platense tiene, para ciertos oídos, un eco fúnebre...

ABIGAIL LOZANO

ABIGAIL Lozano era un adolescente callado, soledoso. De cuerpo pequeño, de ojos brillantes, de anillados cabellos, de voz suave, llevaba escondida su alma lírica, por temor, quizás, a que se burlaran de ella sus condiscípulos utilitarios de la Facultad de ciencias jurídicas y sociales. Pero un día la echó a volar, temerariamente, en un librito de título revelador: *Con los ojos en los astros*... Y esta hubiera sido toda su historia si no se hubiese descubierto entre sus papeles una página sangrante como una herida.

La muerte de un amigo le había hecho pensar en su propia muerte. "¡Si me muriere ahora!" Imaginó el llanto de sus deudos y las cuatro frases de los cronistas. Se hablaría de "una esperanza truncada", de una "planta arrancada de raíz cuando apenas quería hacer frutos de sus flores". ¿Y qué sabía nadie de su alma? "No soy una esperanza, soy una estupenda realidad; soy un árbol vigoroso que ha dado frutos de excepción y de milagro". Pero invisibles: frutos soñados; tan perfectos y armoniosos que no nacían de miedo a una vida miserable...

¡Pobre niño! Disfrazaba de altivo desprecio, de orgullosa indiferencia, su timidez, su irresolución

ante la esfinge. "Yo, pequeño y deleznable — se confesaba —, yo que no he marcado rastro, yo que no he despertado rumores, he vivido segundos milenarios faz a faz del Tiempo, del Todo y de la Nada". Y decía haber visto y oído y palpado idealmente los misterios del universo. Después... "No he podido bajar, mi voluntad no ha querido bajar. Y por esto mis libros no se han escrito".

Su breve página íntima — dirigida a las "sombras", a "nada", a "nadie" — era el comienzo de un "balance" vital. Pero advirtió a tiempo que, "de proseguirlo, debía cerrarlo con un tiro". Pensó en la novia, en la madre, y dejó la pluma, horrorizado...

Era el 30 de abril de 1914. El 12 de septiembre del mismo año lo enterrábamos.

PEDRO MARIO DELHEYE

HABIA nacido para cantar. Su verso flúido y melódico traslucía, en su alma de alondra, la fruición mélica. Amaba el sol, las piedras preciosas, las telas joyantes, los jardines recién regados, el mundo-prodigio, la vida-milagro. Sus ojos azules miraban con deslumbramiento; ponían un poco de cielo en todo. Alcanzó a publicar únicamente un libro, él que hubiese dado uno cada primavera. Lo tituló *La vida interior.* Su vida interior era un lago de aguas especulares donde las estrellas brillaban más cercanas, donde el firmamento y la tierra se mezclaban como en el cáliz de una flor. Iniciado en las letras por su madre, con quien leyera a "los grandes autores", le dedicó las composiciones cristianas de su libro: "porque expresan las horas más dulces de mi vida interior". La madre alienta y perfuma el libro en la mayor parte de sus páginas.

Aquí en mi casa que es como una nave,
hay una mano fuerte que dirige
los remos y el timón; hay una mano
que nos levanta y que nos dignifica,
cable de amor en la hora tempestuosa
y vela viajadora en la serena
beatitud de la tarde, sobre el mar.

Ningún peligro nos arredra...

¿Cómo no amar el mundo si se lo contempla desde el puente de esa nave "segura de sí misma rumbo a Dios"? El mundo del adolescente, por lo demás, cabía en su ventana. No envidiaba a los ríos; quería su vida como un árbol,

como un árbol,
a cuya sombra verde se cobije
el cuerpo sudoroso de fatiga,
y sueñe en la frescura de sus hojas
y en el ritmo armonioso de su savia
vibrante como un pájaro escondido.

Con singular franqueza confesaba sus hábitos burgueses:

soy un hombre vulgar
que huye del ruido vano, que se escuda en la raza
y conserva el prejuicio de estar bien en su casa.

En su casa, leyendo un libro "donde hay palabras bellas, como ser *fuente, rosa*", u hojeando a sus filósofos... Era creyente; era cristiano; decía que una palabra de Jesús "vale más que el más bello canto del padre Homero"; decía: "cumplo mis oraciones, leo el Eclesiastés"; pero con un rayo platónico y una rosa epicúrea, con un lirio místico y un destello heterodoxo, su eclecticismo solía buscar, en copelas de alquimista, su verdad cotidiana...

Vi a Pedro Mario, por última vez, una tibia tarde invernal de 1918, en La Plata. Ahora mismo lo veo andar por mi estancia, menudo, inquieto, comunicativo, y detenerse ante un estante para

leer en voz alta varios títulos o retirar los visillos de una ventana para mirar la calle y hundirse luego, bruscamente, en un sillón y en el silencio... Hablamos dos horas. Hablóme de sus lecturas recientes, del descubrimiento de Novalis, que lo había fascinado. Pidióme autorización para llevarse de mi biblioteca el volumen de Guyau, *Verses d'un philosophe,* que fué, sin duda, una de sus últimas lecturas, y cuyo ejemplar me devolvió la familia del poeta, después de su fallecimiento. Al declinar la tarde nos dirigimos al Bosque. La hora y el paisaje abrieron su corazón a la confidencia. Recitó, como en sueños, estrofas de amor. Y al volver a la ciudad, ya entrada la noche, suspiró los pareados de su "Autorretrato":

Sangre flamenca corre en mis venas, por eso
gusto de la cerveza, del jamón y del queso
que en Flandes se fabrica. Pero hay algo de ensueño
en mis ojos azules, y con frecuencia sueño
en ciudades antiguas cruzadas de canales;
en mi memoria viven góticas catedrales,
beguinajes ocultos con floridas ventanas,
procesiones monjiles a un toque de campanas.
Mejor que en estas urbes de América, estaría
en Brujas o en cualquiera ciudad de lejanía
como ni noble amigo Rodenbach...

—Sin embargo — se interrumpió — nuestra ciudad es íntima, recatada, silenciosa. No quiero ser ingrato; he nacido en ella, soy feliz... Sólo me gustaría hacer un viaje....

Y tras una breve pausa:

—Amigo: que en día no lejano, una tarde como la de hoy, cuando el invasor haya sido expulsado del país que profana, paseemos juntos por una calle de Bruges-la-Morte, a la vera de un canal lleno de cisnes, bajo el concierto de los carillones...

Dos meses después, al comenzar la primavera, acompañábamos sus restos al cementerio platense.

HECTOR RIPA ALBERDI

ENJUTO y algo solemne; de una corrección singular en el vestir y en las actitudes; pulcro en su persona como en su charla; de rostro casi infantil, sin defensa para el rubor, en el que la nariz dominante ahondaba los ojillos oscuros y la frente despoblada abríase a la calvicie invasora; de manos largas, huesudas, que acompañaban a su palabra con movimiento plástico; de voz grave, más por la modulación que por el timbre, Héctor Ripa Alberdi, a quien conocí casi niño en mi clase del Colegio Nacional, mostraba ya, y acentuó con el tiempo, un reposo de madurez, una extraña seriedad que contrastaba con sus años.

Imagen fiel de su vida ordenada, de sus hábitos, de sus modos, de su discreción, de su aspecto físico, de cuanto de él evoco, parecióme siempre su poesía. Al abrir sus dos pequeños libros, vuelvo a hallarlo. Ni arrebatos ni piruetas; la expresión limpia y sobria; el ritmo regular; todo en voz baja; los sentimientos puros...

Soledad tituló a su primer volumen. Soledad de dos epítetos: "dulce" y "profunda"; la "amada del poeta", que escucha su confesión nocturna en la alcoba, junto a los libros cerrados; y la que en otra noche le señala cruelmente su desolación...

No era un solitario; pero eludía la promiscuidad, el bullicio. Amaba el "silencio sonoro", la penumbra, los parques misteriosos, la paz de los campos. Consideraba sus mejores horas las vividas entre amigos dilectos, o entre sus libros bien seleccionados, a la luz de su lámpara, su lámpara cantada por él repetidas veces. Le aterrorizaba el dolor físico; se estremecía ante la idea de tener que soportar la más leve operación quirúrgica; era sumamente aprensivo para las enfermedades. Nunca, sin embargo, le oí hablar de la muerte; pero tuvo su presentimiento, expresado en versos de su segundo libro:

El frío muerde sin piedad mis carnes.
Crece en mi pecho una letal congoja...
¿Será la vida que de mí se aparta?
¿Será la muerte que invisible ronda?

Nunca, tampoco, le oí hablar de su "amada", real o ideal, en horas de camaradería literaria, propicias a la intimidad expansiva. Pero ya en *Soledad* (1920) había reunido un manojo de composiciones bajo esta denominación inequívoca: "El amor soñado". En ellas, la "presentida" dibujábasele entre nebulosas del corazón y del pensamiento, dulzura soñada por el uno, perfección creada por el otro, mujer y diosa:

Oh, las almas que pasan a mi vera
como pasan las vírgenes del templo...
Yo he soñado con una de esas almas
toda llena de encanto y de misterio,
y la he visto venir hacia la mía
por la senda fugaz del pensamiento...

En su segundo libro, *El reposo musical* (1923), aquella sed tuvo una deprecación insistente, siempre dentro de una castidad de pensamiento digna de la delicadeza de su expresión:

Mujer ignota, celestial viajera,
toca mi pecho que ya está florido,
corta los lirios de mi primavera...

El romance final del volumen trasmuta en suspirante idealidad un sofocado grito viril:

¡Oh, mis noches solitarias!
Yo no sé por cuánto tiempo
he de ver pasar la vida
como un río de silencio.
. . . .
Quiero suaves manos blancas
que acaricien mis cabellos.
Quiero labios temblorosos
y tan puros y tan frescos
que florezcan en mis labios
como flor de duraznero...
. . . .
Pero yo soy un remanso
de hondos encantamientos,
donde bajan las estrellas
después que la tarde ha muerto,
donde los lotos se abren
para contemplar el cielo
y donde la noche aduerme
la beatitud del misterio.
Y ser así en este mundo
de pasiones y de estruendo,
es cruzar sobre la vida
como un río de silencio.

Si hay un alma que descienda
como una estrella del cielo,
o florezca como un loto
en mi remanso de afecto,
esa es el alma que añoro,
esa es el alma que espero.

Llegó de las estrellas o de las aguas quietas la amada sin manos ni labios, y heló su corazón juvenil el 13 de octubre de 1923.

De haber vivido, ¿hubiera publicado otros versos? Los hubiera escrito, sin duda; pero su veta era escasa, él lo sabía, y, además, un afán de perfección formal, un respeto inalterable por la labor poética, cohibían su vuelo. Orientábase, en cambio, hacia la crítica y la historia literarias, y al regresar de México — adonde fuera como delegado al congreso internacional de estudiantes — viajó por el Pacífico y trajo abundante material bibliográfico que luego clasificó y analizó metódicamente para su proyectada historia de la literatura americana de lengua española. Alcanzó a publicar un ensayo sobre Sor Juana Inés de la Cruz, "esbozo para la realización de un trabajo acerca del gongorismo en América". Iniciábase, al mismo tiempo, en la docencia, disciplina que favorecía sus investigaciones: tenía a su cargo la lectura y comentarios de textos en la sección literaria de la Facultad de Humanidades.

Me tocó despedirlo en nombre de ésta, una mañana primaveral, radiante, cuando se abrían las primeras rosas sobre las tumbas...

ALBERTO MENDIÓROZ

CIERTO día, estando Joaquín V. González en la ciudad de Tucumán, oyó hablar de un poeta local de quince años. Quiso conocerlo, y conducido por su informante, una "dama soñadora y graciosa", fué a casa del jovencito, quien le recitó a gritos sus poemas trascendentales. "Mis imprudentes coloquios con el Infinito, con la Verdad, con el Cóndor, con la Nada, todo en inexpresivas mayúsculas — escribió mucho después el interlocutor de tales personajes — coadyuvaron de modo decisivo en mi carrera, ya que a ellos debí el empleo que Joaquín González me reservó en su Universidad".

Alberto Mendióroz cursó en La Plata los seis años de sus estudios jurídicos, sin olvidarse de la poesía. Apenas llegado publicó su libro *Horas puras* (1915), colección de aquellos poemas intelectualistas que le valieran una reputación vecinal de niño prodigio. Hasta recitó, con su voz armoniosa y varonil, con gesto de augur y ademán sacerdotal, en actos públicos, alguno de sus "coloquios". Pero, poco a poco, el nuevo ambiente atenuó su exuberancia y su énfasis; y habiéndose enamorado de una platense, descubrió *la luz buena del amor* — divulgado título de un libro íntimo y sereno que no llegó a publicar, pero del que anticipó composiciones de sentimiento cálido.

Al mismo tiempo, el ensayo, la crítica, tentaban su pluma, y como era un espíritu analítico, penetrante, sus trabajos — algunos en forma de conferencias — diéronle pronto prestigio y autoridad. La independencia de juicio y la valentía para expresarlo contribuyeron, en más de un caso, a cimentar aquéllos. También escribió dos novelas, que permanecen inéditas. Leí el manuscrito de una de ellas, interesante por su "color local", pero de lúgubre realismo.

En 1919, incorporóse a la magistratura de Salta. Sus amigos platenses lo despedimos con un banquete y yo expresé, en nombre de todos, nuestro deseo de que no olvidara la literatura, vínculo que nos mantendría unidos. La "luz buena" continuó iluminando su espíritu. A las estrofas del noviazgo sucedieron las de su dicha conyugal:

Ella está a mi lado, grave la mirada.
La hoja en que escribe desborda de letras
desiguales, claras. Parece que brincan
bajo su manita volubles ideas.
Ella está a mi lado y escribe. Yo sueño.
Por su perfil dulce, como sobre seda,
resbalan los rayos de la luz hermana.
Mirándola encuentro mi vida perfecta.

¡Qué paz en el fondo claro de las almas,
qué paz en la atmósfera blanca de la pieza!
El rumor de lluvia — ¿desde cuándo llueve? —
eterniza el blando momento. ¡Que llueva,
que no cese nunca de llover, Dios mío!
Ya no he de hacer otra cosa que quererla...

Su verso se agilitaba; su sensibilidad prevalecía ya sobre el intelecto; sus modelos arcaicos rompíansele entre las manos; la luz buena era una luz nueva... Sin embargo, su labor judicial conspiraba contra su labor poética, y en un soneto-epístola de 1923, expresó así su descontento:

Uno tras otro, amigo, así pasan mis días:
salto del lecho tibio, que es ya fecundo nido,
y a la ciudad me marcho desde las serranías
a jugar a los jueces y al orden constituído.

Allí absorben mi espíritu legales villanías,
me llora un litigante su término vencido,
y me abruma, al regreso hacia las cosas mías,
pensar cuántas maldades justas he cometido.

Y ya no tengo fuerzas sino para acogerme
a su limpia sonrisa de amor, en cuya abierta
placidez me sumerjo como un infante inerme:

La jerigonza bárbara de las voces legales
me ha hecho olvidar la estrofa pulcra y grave que vierta
la nueva miel sagrada de mis nuevos panales.

Un desmentido inmediato nos tranquilizó a sus amigos. Las voces legales nada podían contra el ''vocabulario encantado'' que el poeta acababa de descubrir en las primeras palabras de su hijito y que él interpretara en bellísima página de gran ternura y hondo sentido humano. Supimos en seguida que Alberto Mendióroz volvería a La Plata para radicarse nuevamente en la ciudad que consideraba como su hogar cultural y que le había dado el amor. La muerte de Ripa Alberdi le dio-

tó, en diciembre de 1923, todavía en Salta, una breve página de la que trascribo las siguientes líneas:

"La ciudad ha perdido otro de sus poetas. Y ya no podremos separar nunca en la evocación emocionada a Héctor Ripa Alberdi y a Pedro Mario Delheye... Sus claros espíritus se avenían con las amplias calles solitarias de la ciudad natal... Durante un momento pareció que nuestras voces se unían a las suyas en el himno vibrante, que también ardíamos en el místico fervor de la eterna belleza, y seguimos tras sus obsesionados pasos por la senda quimérica; pero sólo ellos no transaron nunca con el cobarde buen sentido de la realidad... Los dos poetas se han ido hacia patrias mejores a la edad en que se empieza y se detiene la vida de los dioses..."

¿Dije que escribió esa página en diciembre de 1923? Porque una mañana de enero de 1924, al abrir un diario, en Buenos Aires — donde ya vivía yo — me enteré que una hora más tarde enterraban a Alberto Mendióroz, en la Recoleta.

Llegué a tiempo para despedir, en silencio, el ataúd...

FRANCISCO LOPEZ MERINO

DESDE rocoso promontorio, sentado en un escaño de cíclopes, contemplo el mar... Recuerdo, de pronto, que desde este sitio, acaso desde esta misma piedra, en el verano de 1927, una tarde luminosa pero ya vencida, como la que ahora aplaca su fruitivo esplendor, Francisco López Merino distraíase, a mi lado, siguiendo el juego furioso del agua contra la rompiente. Esa ola briosa y desmelenada que viene de lejos, embraveciéndose al avanzar, para deshacerse en fofo estallido, sin lucha, antes de embestir, paréceme la misma que él saludó con el nombre de un político. Y ésta que revienta a mis pies y me envuelve en su chubasco, la otra que nos apagó el cigarrillo en la boca...

Oigo la voz desganada del adolescente, su comentario ingenioso; le escucho sus versos nuevos, dos o tres poemitas que no he podido reconocer entre los publicados. Cierro los ojos para verlo... Llega a mi hotelito ribereño, y mientras tomamos el té en la terraza, vuelca sobre la mesa su bolsa de noticias porteñas y platenses, pescadas la semana anterior en circulillos literarios y estudiantiles. Caminamos por la Rambla y se detiene ante una vidriera lujosa, atraído por la corbata más rica; poco después la anuda a su cuello

volcado. Vamos al club; curioseamos el salón de la ruleta; agita las manos y sonríe amistosamente a un jugador: es un burgués platense — me dice — que arriesga, por vez primera, su pesito, y necesita un conocido que atestigüe su arrojo...

¡Quién hubiera imaginado que aquel verano marplatense habría de ser el último verano de Panchito! Cuando, meses más tarde, puso fin a su vida, en la ciudad natal, me torturé buscando entre mis recuerdos alguno que pudiera haberme prevenido... No lo hallé. Tal vez sus amigos más jóvenes lo tuvieran; algo se dijo para explicar aquella decisión fatal; nunca supe si pasaba de una conjetura. Yo conocía lo que todos: el alma melancólica, acongojada, de sus versos más íntimos; la tristeza mansa que impregna repetidas composiciones en torno a un duelo familiar, llovizna persistente sobre un jardín de cementerio.

Frente a una imagen de la Hermana siento
deseos hondos de volcar el llanto...

Ni septiembre ni octubre nos hubieran
dejado sin la Hermana...
Oh, con razón temíamos a agosto...

Madre, beso tus ojos por saber si has llorado...
Cada lágrima tuya lleva una imagen de ella...

López Merino, muchacho discreto, de gran cordura, sin presunción, sin énfasis, sin alardes de ninguna naturaleza, no tuvo conmigo confidencias que me revelasen el fondo de su pobre alma.

Sus ojos dulces, acariciantes, de largas pestañas, ahondaban a veces su oscuridad en una preocupación recóndita; pero sus labios carnosos adelantábanse a desmentirla con el chiste agudo y la anécdota festiva. ¿Quién conoció su queja, su rebelión, su llanto? ¿Qué lo arrancó de la vida en primavera, del amor de su madre venerable y de sus hermanas que lo adoraban? ¿Fué su resolución una cobardía instantánea, una generosidad suprema? Al recapacitar sobre ello, pienso que en su confesada negligencia, en su falta de disciplina para todo, en su floja voluntad, ocultábase, quizás, su pensamiento roedor. Era nocherniego y yo se lo reprochaba en defensa de su salud: me prometía enmendarse. Escribía poco y de un modo ocasional: me anunciaba su propósito de regularizar su vida y trabajar con método. Pero seguía quemando sus noches fuera del hogar y el canto de su corazón llegaba perezosamente a la pluma. Su poesía con sordina, velada, vesperal, no ha recogido, tampoco, la confesión postrera...

La ciudad mantiene vivo su recuerdo y muestra al visitante, en su parque principal, la imagen del poeta, llevada al bronce por Riganelli. En la ceremonia inaugural, presidida por el gobernador Vergara y sus ministros, una concurrencia numerosa rodeó al sobrio y expresivo herma. Yo leí en aquel acto la siguiente página:

"Esta inauguración del retrato de bronce de un poeta adolescente en el paseo predilecto de la ciu-

dad que le vió nacer y morir, es ceremonia trascendental que acaso el tiempo convierta en rito civil. La Plata carece de trofeos bélicos, de monumentos arcaicos, de tradición histórica. Surgió adulta, y lleva vividos años más cortos que la edad de muchos de sus habitantes. Capital juvenil, pero tranquila y silenciosa, como regulada por la geometría de su traza ejemplar, desconoce el delirio y el estrépito, predica la serenidad y acoge la meditación, es optimista sin vehemencia, uniforme sin monotonía, y estando tan abierta al sol y tan penetrada de cielo que parece hecha en el espacio, es, sin embargo, ligeramente melancólica, con ese matiz de melancolía que da sombra de ala a toda juventud equidistante del vértigo y de la indolencia, como suspensa entre la acción y el ensueño...

"Identificado con el alma de la ciudad, Panchito López Merino dió a sus versos la luz armoniosa de las tardes platenses, el tono menor de la melodía urbana. Si habéis seguido en sus estrofas la trasformación de una nube o la procesión estelar, sabed que sus ojos contemplaban largamente el crepúsculo y la noche de nuestro cielo. Si habéis aspirado las rosas líricas de su canto, fácil os sería reconocerlas en algún jardín próximo donde él mezclara al balbucir de una fuente sus primeras palabras de amor. Si habéis sorprendido en sus poemas ecos deliciosamente vagos de su diálogo interior con las cosas, o lágrimas de penas familiares, o reflexiones precozmente fúnebres, recor-

dad que era en este bosque, bajo estos árboles, recorriendo las avenidas o detenido en rincones confidenciales de su amado parque, donde acostumbraba a tejer sus sueños puros, a libertar su corazón angustiado o a inclinar su frente pensativa...

"Bien estará el poeta en este sitio. Lo devolvemos al bosque amigo, en efigie de bronce, para que sobreviva a los troncos. Es el primer hijo de la ciudad que recibe este homenaje. Y alcanza singular significación que sea un poeta, un poeta adolescente, en cuya breve obra se trasparenta el alma de la ciudad que lo vió nacer y morir, la ciudad que carece de trofeos bélicos, de monumentos arcaicos, de tradición histórica..."

Repentinamente me sentí atraído por un espectador que me miraba con extrañeza. Creí reconocer aquella figura... Vi el asombro, el estupor, en sus ojos; luego un brillo fugaz que se comunicó al rostro y encendió la sonrisa irónica... Creí oír su voz, un poco nasal, que deslizaba un mote urente...

He vuelto muchas veces a contemplar el bronce, cabeza magnífica de un cabecista eximio. No responde a la imagen que conservo del poeta y lo mismo dicen todos sus amigos. ¿Qué importa? Nuestro recuerdo pasará con nosotros. Los venideros conocerán la efigie que les trasmite el arte. Y la ciudad cambiante acatará su documento.

Le buste
survit à la cité...

VI

ANTAÑO Y HOGAÑO

LOS PRIMEROS CRONISTAS

I

SIRVIOSE el café en la biblioteca. El cortinaje espeso alejó el rumor de la sobremesa femenina, y nos aisló entre lomos nervudos y ficheros bancarios, donde el dueño de casa suele encerrarse para consultar a sus oráculos jurídicos y tejer sus famosas telarañas forenses. Ahora se proponía documentar su exposición reciente sobre los orígenes y los años iniciales de la ciudad, orgulloso de ser fruto local de las primeras cosechas e hijo de un fundador auténtico. Sentado a su mesa de nogal, amplia, sólida, de patas bulbosas, abrió sobre ella una carpeta de recortes, bajo el verde marino de la pantalla que, como un techo de pagoda, agobiaba su lámpara de pie, entre dos pilas de expedientes; acarició el busto de bronce del Sarmiento que amparaba sus tinteros, y nos dijo:

—El gran viejo se oponía... Aquí tengo sus artículos de *El Nacional*, recortados, coleccionados, acotados por mi padre. No teman... Los he releído ayer mismo, conozco bien estos materiales y puedo utilizarlos fielmente sin necesidad de reproducirlos de cabo a rabo... El 26 de abril de 1882, siete meses antes de la fundación de La

Plata, Sarmiento ocupóse de la proyectada capital de la provincia de Buenos Aires en un artículo pintoresco que sustentaba su tesis con aportaciones de la historia universal, de la demografía bonaerense y de sus recuerdos de viajero. La elección de Tolosa, pequeña localidad destinada a ser la célula originaria de la nueva ciudad, y de la Ensenada como puerto de la misma, parecíale un doble absurdo. "Ni a Tolosa, ni a la Ensenada — léese aquí — ocurrirá población por orden de la Legislatura de Buenos Aires, simplemente porque en cuatro siglos de descubierto aquel puerto y diez años después de estar dotado de ferrocarril, no ha podido reunir siete mil habitantes, según el reciente censo". Preveía el fracaso del puerto y de la ciudad cuya ubicación violaba las leyes a que obedecen la naturaleza y la sociedad en su desarrollo, y lo anunciaba como "legítimo castigo". ¿No había, acaso, en la rica provincia, otros centros urbanos a los que un rápido progreso señalase como núcleos aprovechables por la futura capital? Azul, Chivilcoy, Arrecifes, Mercedes, o "San Nicolás, con puerto gratis y lejos, lejos de Buenos Aires, para que no la sofoque antes de nacer" ¿no eran lugares más promisorios? "La razón de ser de las ciudades no se fija a priori" — arguye —. Y agrega con su experiencia de viejo: "Cuando se ve surgir Chicago, Búfalo, el Rosario, Pitsburg, en lugares que los vivos podemos decir que hemos conocido punto menos que desiertos, entonces se descubre que era allí donde se cruzaban caminos,

donde se necesitaba un puerto, no para el puerto mismo, ni la ciudad o Estado que lo tiene, sino para otros distantes que buscan salida a sus productos". Y refiriéndose al de la Ensenada: "El puerto no será puerto, porque no se va por ahí a ninguna parte, si no es a esta ciudad de Buenos Aires; y la capital de Tolosa será una fruta pasmada o un niño atrofiado desde su nacimiento"... En un nuevo comentario insistió con su habitual rudeza y los diversos proyectiles de su arsenal polémico. "No se improvisan puertos, Cartagos ni aún aldeas en meses. Los Nemrod, constructores de ciudades, andan escasos..." Pero con holgada anterioridad al término del año, la ciudad estuvo fundada, y dos días después del gran acto, Sarmiento lo comentó en breves y conciliatorios párrafos, desde el mismo diario: "Somos de los que ni bien ni mal le auguran al nuevo plantel... No hemos nosotros de decir que La Plata está destinada a un gran porvenir... Deseamos por tanto a La Plata los brillantes destinos que le auguran sus patronos..."

Descargó sobre un platillo esmaltado la ceniza del veguero, y nos preguntó:

—¿Se duermen?

Los tres oyentes protestamos, levantándonos un poco de los profundos sillones, y le instamos a continuar. Dió una buena chupada al puro, arrojó la nube, y continuó:

—En 1884, el general de división y ex presidente de la República don Domingo F. Sarmiento, de

73 años de edad, resolvió establecerse en Junín, seducido por las lagunas del lugar y dispuesto a defender las aves acuáticas, a establecer una estación balnearia y a fomentar distintas industrias en el paraje. Dirigió, con tal motivo, una extensa y prolija comunicación al gobernador de la provincia, don Carlos D'Amico, y en ella manifestó que apoyaba sus esperanzas de trasformar las riberas lacustres, en "la potencia creativa del país, reflejada por el desarrollo de La Plata, pues lo edificado en un año en palacios y casas particulares excede a todo lo que la América latina ha presenciado desde su emancipación".

Al año siguiente vino a la ciudad para participar en la inauguración de una parte del Museo, y pronunció un discurso que trasunta la sorpresa y la admiración que le causara. "El espíritu argentino — dijo entonces — ha venido desde la independencia atesorando nociones sobre edilidad, higiene, ornato y arquitectura civil, sin poder en sus antiguas ciudades hacerlas prácticas por falta de espacio libre de construcciones. Ustedes lo ven en La Plata: es una ciudad ideal, de amplitudes grandiosas, donde antes había estrecheces, dotada de palacios para cada función del organismo; pero plazas, estaciones, avenidas, capitolios, bancos, bibliotecas, tan vastos, que se ve que no es para el presente que se construyeron sino para una generación venidera y una gran ciudad presunta". Y recordando humorísticamente al tío Samuel, representante de los Estados Unidos, que

lleva siempre los calzones a media pierna debido a su rápido crecimiento, opuso la previsión de los creadores de La Plata, que "han querido evitar este inconveniente haciéndole vestidos talares como una matrona romana que va arrastrándolos por bulevares y palacios como la cauda regia de la Venecia del Plata"...

Un franco elogio había de arrancar aún nuestra ciudad al anciano. Visitóla por tercera vez en 1886, y su pluma suelta, divagadora y un poco atropellada de periodista urgido, lanzó a los vientos, desde *El Nacional,* su loa definitiva. Donde había una ciénaga, se ha encontrado, en poco más de un año, con "un puerto como el Puerto Said, en el istmo de Suez"; donde había un villorrio, le ha sorprendido "una ciudad como Búfalo". Como él lo ha probado todo, conoce también la embriaguez del opio y la visión desmesurada de las cosas que comunica al espíritu. El mismo efecto le causa la nueva población. Todo es en ella grande, gigantesco, magnífico y flamante. Oigan este párrafo:

"¡Qué majestad la de los edificios públicos de La Plata! Este es su defecto, y acaso la herencia que traemos de nuestros antepasados, como aspiración; pero lo que más muestra los progresos que la educación pública ha hecho en tan corto tiempo, es que en todo se ha realizado cuanto se concibe de más acabado y reciente en la economía de las ciudades: luz eléctrica, calles anchas, boulevares, avenidas diagonales, adoquinados, veredas

de cuatro a diez varas; bosques que parecen seculares por lo sombríos, dan solaz, sombra y recreo a las puertas de la ciudad encantada; como monumentos, palacios para el Museo antropológico que ya es uno de los primeros del mundo, enriquecido con doscientas muestras de las razas americanas. Siéntese el visitante de Buenos Aires en el mundo que ha soñado, porque La Plata es el pensamiento argentino, tal como viene formándose e ilustrándose hace tiempo, sin que nadie se dé cuenta de ello...''

Corre la pluma del periodista por diversos cauces. El artículo, como todos los suyos, está matizado de observaciones, de recuerdos de viaje, de lecturas múltiples, de comparaciones inesperadas, de púas políticas. Y termina con una declaración que debió de satisfacer ampliamente a los ''creadores'' de la nueva capital:

''Me despido de La Plata revivido, reconfortado, pues antes de ver lo que somos y poder conjeturar lo que seremos cuando se acaben de derrochar las tierras públicas, ya que no podemos derrocarlas, dudaba de la fuerza vegetativa y de los progresos morales y sociales que hacemos para salir del molde colonial, que en La Plata ha sido dejado, para inventar habitantes con moradas modernas''.

II

Oprimió el botón de un timbre, pidió el poscafé al criado que se presentó inmediatamente, y mientras llegaba, hojeó un pequeño volumen empastado en negro, que tenía también sobre la mesa profesional. Cambiamos cuatro palabras acerca de Sarmiento, Dardo Rocha, los excelentes habanos y el silencio de la ciudad que, a las diez de la noche, en aquella avenida céntrica, era tan perfecto como el de la pampa. Llegó una bandeja con dos botellas y cuatro copitas chispeantes. El prestigioso abogado hizo el elogio de sus licores, nos sirvió de acuerdo con los distintos gustos y volvió a su tribuna.

—Tengo reunidos en este volumen tres folletos publicados en 1886. Los tres se ocupan de La Plata, que había cumplido entonces su primer trienio. El lápiz rojo de mi padre ha subrayado frases; mi lápiz azul ha rayado los márgenes... El primer folleto se titula *La Plata a vuelo de pájaro,* tiene 30 páginas y fué editado en Montevideo, donde residía su autor, el porteño D. Florencio Escardó. Vean cómo llama a la ciudad naciente: "encantada maravilla", "asombrosa improvisación tan rápida cual el pensamiento humano". Habla de la valorización territorial, detalla los edificios públicos y su arquitectura, dice que se han levantado cuatro mil casas y que el aumento

de albañiles ha privado de peones a las faenas campesinas. He aquí algunos datos de la vida comercial: "El número de casas de negocio, comerciales, industriales, tiendas, bazares, cafés, hoteles, confiterías, peluquerías, etcétera, se eleva a 1.300, y entre estos, establecimientos lujosísimos". No desperdicien este parrafito sobre la vida social: "La sociabilidad es muy *hige-life* y vive con una amplitud, lujo y *comfort* sólo dignos de magnates; semanalmente hay "recibos" en varias casas. A este respecto diré que los elegantes de La Plata andan desde las 6 de la mañana de guante y sombrero alto, que hay muchos y gallardos solteros y que rara es la niña que allí no se case pronto".

Reímos sonoramente, y aprovechando la pausa el disertante apuró su copita.

El segundo folleto — continuó — dedicado al gobernador D'Amico y precedido por una carta del general Lucio V. Mansilla, está en francés, consta de 112 páginas y fué impreso en Buenos Aires. Su autor, el conde P. M. Corvetto, estuvo varias veces en la ciudad, y sus crónicas, de fechas distintas, reflejan así el rápido progreso de las obras urbanas. Un capítulo, por ejemplo, de este opúsculo, describe los trabajos del puerto, y otro, al ocuparse de la inauguración del canal del Oeste, alude a aquél con estas palabras: "Hace cerca de un año, cuando escribí el capítulo que se ha leído más arriba sobre el puerto de La Plata, no suponía yo que me fuera dado ver con mis ojos los

mástiles de los barcos confundirse con las ramas de los eucaliptos y mezclarse con el verdor del follaje a sus gallardetes de vivos colores..."

El conde de Corvetto reconoce que "actualmente, la característica de la República Argentina es su potencia de creación", y agrega que "la revelación palpable de la impulsión actual es La Plata". Considera un "milagro" la historia de la ciudad, su crecimiento fantástico, sus treinta mil habitantes, "que han reemplazado a los pájaros de la llanura y están repartidos en mil trescientas siete casas de ladrillo, de graciosas fachadas, ornadas de ligeras molduras y dibujadas a la italiana, o en mil trescientas treinta y nueve casas de madera". Elogia la estética edilicia: "Por una disposición feliz que rodea a cada edificio público de un jardín, cada uno de los palacios oficiales ocupa una cuadra. Esta disposición, al aumentar el valor arquitectónico de cada construcción que ella presenta como un palacio, contribuye a la graciosa armonía de la ciudad entera, pues rompe la monotonía de las calles rectas con jardines y flores". Y destaca este otro acierto: "Por una disposición que favorecerá singularmente el desarrollo de la ciudad, los edificios públicos no han sido aglomerados en un barrio privilegiado, todo lo contrario. Alejados unos de otros, distribuídos en todas direcciones y distancias, cada uno se trasforma en centro, agrupando en torno suyo una cantidad de construcciones destinadas a vivir

del edificio central y de aquellos que lo frecuentarán".

Buen observador y dueño de una prosa clara y elegante, el viajero francés proponíase difundir en su país el conocimiento del nuestro. Este pequeño libro demuestra una cultura general y un entusiasmo generoso. Detiénese con el mismo interés ante las colecciones del Museo antropológico y ante las actividades de una fábrica; dedica un capítulo a la exportación de carnes congeladas y otro al proyecto de canalización de la provincia: no olvida los ferrocarriles y recoge observaciones sobre la topografía y el clima...

III

Se hizo un paréntesis de conversación general.

—Sería interesante reunir en un volumen todas esas crónicas de los primeros tiempos de la ciudad, con motivo del cincuentenario.

—Es una idea. Podríamos proponérsela a algún miembro de la comisión de homenaje.

—De los estudios, crónicas, impresiones, vaticinios y fantasías que inspiró la ciudad naciente, no tenemos a mano documentación alguna. Hay que revolver colecciones de periódicos, descubrir y desempolvar piezas de archivos y bibliotecas, para respirar aquellos vientos fecundantes, para ir a los viejos augures... Podría hacerse una selección ilustrativa y difundirla...

—Aun cuando resulte pesado — intervino el dueño de casa — no me resigno a sacrificar mi tercer cronista...

Le suplicamos al unísono que nos lo hiciera conocer, y el satisfecho informante reanudó su exposición.

—El 20 de enero de 1886, don Santiago Estrada, el fecundo escritor argentino, casi olvidado ahora, tomó un tren matinal en Buenos Aires, vino a La Plata y regresó de noche. Las 44 páginas de este folleto hacen la historia de ese día. Es una crónica minuciosa y entusiasta. Me será fácil intentar su síntesis, valiéndome de mis indicaciones en el texto, caminos y atajos que yo me había preparado hace tiempo... Don Santiago hizo el viaje por la línea del ferrocarril de la Ensenada, pues el del Sur no le merecía confianza, y al aproximarse a La Plata, el monte de la estancia de Iraola, nuestro menguado Bosque, le pareció una muralla "impenetrable". Llega a Tolosa, pueblo fundado "con pocas casas y un retoño del roble de Guernica... que a la sazón sombrea buen espacio de la plaza, dándole el mismo nombre de la antigua capital de Guipúzcoa". En Tolosa se están terminando los grandes talleres del ferrocarril, "el mejor edificio de su género de toda la República", donde se podrá tener "en reparación y a cubierto, 24 locomotoras y 90 vehículos de pasajeros y mercaderías".

Instantes después desciende en la estación platense. El asombro que le produce la nueva ciudad

inflama su imaginación y le inspira este símil ardoroso: "De la misma manera que el que llega a la comarca de Quito difícilmente separa los ojos de los cráteres de los volcanes escalonados que dominan las montañas del Ecuador, conceptuamos dudoso que el que visite por primera vez La Plata distraiga la atención, absorbida por el conjunto de las cúpulas, torrecillas, agujas y techumbres de sus palacios suntuosos, para posar la mirada en los detalles mínimos de la ciudad".

Templado ya para el ditirambo, pasa revista a las grandes construcciones. Le impresiona "la montaña de ladrillos que domina el sitio en que deben lanzarse al aire" las torres de la futura catedral, y la severa apariencia del palacio de los tribunales, "cuyo aspecto exterior concuerda con la fachada del Louvre", y "arranca involuntario aplauso la sencillez elegante del Departamento de escuelas, con su soberbia escalera de mármol de Carrara". El palacio de la Legislatura evoca "los tumultos populares en las gradas del foro romano". Admira en los Bancos Provincial e Hipotecario "los techos cuajados de artesonados, las paredes pintadas primorosamente, los pisos formados de maderas preciosas y las estatuas de blanquísimo mármol". Reconoce en el arco de entrada al parque, una copia "del que para el gran teatro de la Opera de París dibujó Garnier". París y Londres se honrarían con todos esos monumentos...

Al mismo tiempo que palacios, se han construí-

do casas para obreros, y el visitante se congratula de que, pensando en el pueblo, se le haya suministrado "agua buena y barata, tomada de pozos semisurgentes, desusados en la República Argentina". Un oportuno tranvía lo acerca luego a los mercados, al teatro, al Museo, a la Biblioteca pública, al Observatorio astronómico. Más tarde, vase por el "camino blanco" al puerto. El proyectista y director de las obras es el ingeniero holandés Waldorp, a quien encuentra rodeado por sus tres hijos, también ingenieros. Uno de estos acompaña al señor Estrada y le muestra y explica los trabajos titánicos que se realizan con afanosa celeridad. Pero el día se extingue y el excursionista abandona la Ensenada. Veamos su impresión nocturna: "Al penetrar en la ciudad, el alumbrado de los bazares, tiendas, almacenes, fondas, cafés y billares, diónos cuenta clara del progreso comercial de aquel agrupamiento de veintisiete mil personas animadas del deseo de lucrar para vivir en la abundancia".

El alumbrado eléctrico, sistema Brusch, le pareció excelente. Una torre luminosa de 150 pies de altura, colocada en el centro de la plaza, frente al palacio de gobierno, "es como un faro que señala al navegante el puerto de La Plata, diez leguas antes de llegar a Buenos Aires". La nueva ciudad, vista a la distancia, mientras el visitante se aleja de ella, semeja estar bañada en luz espectral, fantástica. ¡Y el buen don Santiago Estrada compara cándidamente ese claror a la luz lunar

que alumbra las ruinas en el cuarto acto de *Roberto el Diablo!*

"Llegamos a La Plata dudando y hemos salido soñando", termina el cronista del 20 de enero de 1886.

.. ..

LA "REVISTA DE LA PLATA"

CON fecha 31 de mayo de 1881, el rector de la Universidad de Buenos Aires dirigió al gobernador de la provincia que acababa de perderla, una nota generosa en favor de un viejo maestro. "Al pasar esta Universidad a la jurisdicción nacional — decía en ella — se trasfirieron al Colegio los estudios preparatorios, sin que la Facultad de Humanidades, que los ha reemplazado, haya podido funcionar hasta este momento. Se encuentra así, por vez primera, sin cátedra y sin discípulos, el doctor don Juan Mariano Larsen, el más antiguo de nuestros profesores". Y recordando que la Legislatura provincial estaba autorizada para conferir pensiones o jubilaciones a los buenos servidores del Estado, el rector destacaba los servicios del profesor Larsen: "Durante treinta años su consagración ha sido completa, y apenas hay un hombre dedicado a las letras, perteneciente a las últimas generaciones, que no le sea deudor de una enseñanza directa o de un servicio prestado por sus libros. El doctor Larsen ha sido entre nosotros el maestro y el divulgador de los idiomas clásicos que suelen denominarse *muertos*, y que él llamaba *inmortales*, repitiendo una expresión conocida".

De origen nórdico, pero nacido en Francia y radicado en Buenos Aires desde 1831, o sea cuando sólo tenía 10 años, era ciudadano argentino. Recibióse de médico y se dedicó a la enseñanza. Aprendió diversas lenguas y tradujo a los clásicos griegos y latinos. Poco después de la caída de Rosas publicó su traducción de la primera oda de Píndaro; en 1863, la del *Tratado de lo Sublime*. Además de numerosas versiones, escribió estudios etnográficos y filológicos. Fundó una escuela durante la tiranía y no se alejó más de la docencia. "El doctor Larsen tenía una carrera lucrativa y la abandonó sin reservas, desde los primeros días de la juventud, para abrazar las tareas del profesorado", pudo escribir el rector de la Universidad en su nota justiciera. Y ese rector que pocos meses antes, como presidente de la República, federalizara la ciudad de Buenos Aires, nacionalizando sus institutos provinciales, llamábase Nicolás Avellaneda; y el gobernador a quien la nota iba dirigida, era el mismo que al año siguiente fundaría la ciudad de La Plata, pues se llamaba Dardo Rocha. Y no tenía tres años de fundada la nueva capital de la provincia, cuando el doctor Larsen, ya jubilado, vinculóse a ella por la docencia y el periodismo. Fundó, efectivamente, en julio de 1885, su *Revista de La Plata*, publicación en 4º menor, a dos columnas, hoy rarísima, que subvencionó el gobierno provincial.

La revista ostentaba de cabecera una viñeta urbana que muestra el crecimiento monumental de

la ciudad en su primer trienio: el palacio de gobierno a un lado, al otro la estación del ferrocarril, la torre de San Ponciano al fondo, y en el centro de la plaza, la torre de hierro de 150 pies de altura con potentes focos. "En este momento, julio de 1885, La Plata es una ciudad de 30.000 almas, sin contar la población flotante" — léese en la nota que alude a la viñeta —. Y esa nota, de pintorescos pormenores, será una de las pocas que tengan relación local a través de toda la colección de la revista. El editor se proponía ofrecer al lector un refugio alejado de "la política militante y las cuestiones irritantes o delicadas", proporcionándole "un ligero conocimiento de multitud de cosas interesantes o útiles". Y dos años después, en el número 24, correspondiente a julio de 1887, el mismo editor veíase obligado a contestar a cierta crítica que reprochaba a la *Revista de La Plata* por no ocuparse para nada de la ciudad que le daba nombre. "¿Creen Vds. — argüía — que *The Westminster Review, The Dublin Review, The Edimburgh Review,* se ocupan de la abadía de Westminster, o de las ciudades de Dublín y Edimburgo? Nada de eso. Ellas toman su nombre del centro social donde se publican; y aun algunas hay que se llaman por el nombre del propietario, por ejemplo, *Harper's Magazine,* y otras por el color de la tapa, *La Revue Bleu,* de la señora Ed. Adams. ¿Le parecería bien al señor crítico, que quiso ser chistoso, que yo intitulase la mía: *Revista literaria de Larsen?*"

Era, sin embargo, el título que le hubiera correspondido, pues la revista refleja las lecturas y las preocupaciones intelectuales de su director y se ocupa, casi exclusivamente, de lo que debió tener un interés personal para él. Sus traducciones, extractos y adaptaciones, lo revelan: el ajedrez en la poesía hebrea, los pueblos y las lenguas de Abisinia, las literaturas rusa y portuguesa, el origen europeo de los arios, biografías, argumentos de obras literarias, informaciones geográficas, temas filológicos... No obstante, el nombre del director figuraba únicamente en la tapa posterior y era abolido al pie de sus escritos. "Yo cito siempre el diario que trascribo o el autor que traduzco; pero todo lo demás, todo lo que va sin firma, es mío; soy y estoy solo, y hago lo que puedo" — declaraba a sus lectores —. Efectivamente, su nombre figura, por excepción, firmando artículos suyos, cuando los reproduce de otras publicaciones — artículos tan diversos como lo sugieren estos títulos: "Lengua árabe", "Los mormones", "La papisa Juana", "La lengua quichua y el doctor López" —; pero ese nombre desaparece en el índice que menciona dichos títulos...

La única sección de actualidad nacional de la revista era la bibliográfica, también personalmente redactada por el director editor. En ella, y a propósito de un libro de Miguel Cané — *Charlas literarias* (Sceaux, 1885) —, halló aquél la opor tunidad preciosa para replicar, sin acritud y con

altura, al plenipotenciario argentino en Austria-Hungría, quien, un año antes, en un librito de recuerdos estudiantiles—*Juvenilia* (Viena, 1884)—, presentara al profesor de latín del Colegio Nacional de Buenos Aires y de griego de la Universidad, doctor Juan Mariano Larsen, en forma cómicamente irrespetuosa y con algún rasgo de hiriente injusticia. Hay en esa réplica tolerancia, cordialidad y buen humor; pero la amargura íntima destila su gota en estos parrafitos:

"Felizmente, ya estoy jubilado, y ya lo estaba antes del año 1884. Mi sustento en la ancianidad dependía de que alguno dijese en la Cámara: "No son tantos los méritos, ni es tanto el desprendimiento tan cacareado del señor profesor, y si no véase lo que dice Cané sobre este desinteresado sujeto"; y todo eso porque sí: *quod scripsi scripsi.*

"¡Oh, maestros y maestras de primeras letras! ¡Oh, profesores de estudios secundarios y superiores! Estudiad con cuidado a los nostálgicos y dispépticos, no sea que, por vía de distracción o ejercicio de retórica, os arranquen con una linda frase vuestro pan amasado con lo más puro de vuestra savia moral: miraos en mi espejo..."

Exageraba. Su espejo personal hubiera mostrado la imagen de un anciano humanista que después de larga y fecunda acción al servicio de la cultura del país y sin traicionar su vocación más honda, gozaba del respeto y la consideración de todos. Había llegado a su crepúsculo y daba sus últimos rayos a una ciudad naciente. A los tres

años de fundada, pedía para ella "su Universidad con todas sus facultades, sin perjuicio de las escuelas técnicas", y le vaticinaba 200.000 habitantes para fin del siglo. "¡Qué lástima que, según todas las probabilidades, no estaré yo aquí el año de gracia de 1900 para acreditar que he sido buen profeta!" No tuvo esa decepción, efectivamente. Murió cinco años antes, en Buenos Aires. Pero representado por los compañeros de su espíritu volvió a La Plata y se incorporó a la Universidad Nacional, que no pudo prever. Sus 4.000 volúmenes, adquiridos por ley de la provincia, y entre los cuales hay muchas piezas raras, valiosas, pertenecen hoy a la biblioteca central de la Universidad platense.

LA CIUDAD NIÑA

LA tertulia vesperal de los ancianos amigos celébrase hoy en la plaza San Martín. En días desapacibles busca los andenes humosos de la estación ferroviaria. El sol suele llevarla a veces hasta un rincón del Bosque. Pero en esta cálida tarde de primavera decídense los contertulios por la plaza en que la banda de música anuncia concierto, y ocupan un banco, el de siempre, con previsora anticipación. Cambiarlo sería alterar el ritmo de las ideas e introducir el desasosiego en la beatitud.

"Vecinos fundadores" les llama la ciudad. Y ellos se sienten orgullosos de haber sido testigos y actores humildes de su historia entera. Vieron abrir las calles y cimentar los edificios. Participaron del ardor titánico de los comienzos. Padecieron la angustia y la humillación de los años ruinosos... La vida les ha otorgado generosamente el privilegio de presenciar el cincuentenario de su ciudad, fuerte y hermosa.

—¡Cincuenta años! — suspira un viejecillo enjuto, aludiendo a la gran fecha.

—¡Cincuenta! — repiten todos, asidos a recuer-

dos comunes —. Y tras un breve silencio, alguien inicia su relato invariable:

—Cuando Avellaneda dejó la capital y se instaló en los cuarteles de la Chacarita...

El que habla, jubilado municipal, es el único argentino de la reunión. Le corresponde la historia política de la ciudad y abusa, acaso, de su fantasía criolla. Refiérese, una vez más, a los días tempestuosos del 80, evoca el Congreso de Belgrano, cuenta intimidades de Tejedor y Roca, asegura haber tratado personalmente a Mitre. Luego desfilan los gobernadores platenses. Y llega, con la descontada expectativa de sus oyentes, al gran capítulo: la descarga de fusilería hecha por las tropas, en los andenes de la estación, sobre una muchedumbre indefensa.

—Yo vi al general Bosch disparar su revólver contra el coronel Yrigoyen... A mi lado cayeron varios heridos...

Disipado el humo de la descarga, toma la palabra otro rapsoda. Es el comerciante español, el industrial francés o el maestro de obra italiano. Cualquiera de ellos era un mozo emprendedor, dispuesto a conquistar "su" América, cuando la ciudad nacía. Todos han llegado, a través de la varia fortuna, a su vejez tranquila. Remueven diariamente sus recuerdos, gratos o dolorosos, al calorcillo de la tertulia crepuscular, con recíproca tolerancia. Y la ciudad es su vínculo; la ciudad cuyos acontecimientos están indisolublemente unidos a sus etapas familiares.

—Cuando ocurrió el desastre del Banco Hipotecario... — señala uno, para fijar el momento de un episodio íntimo.

Y otro:

—Cuando construíamos la casa de gobierno...

Y un tercero:

—El mismo día en que renunció Costa...

Pero esta tarde los preocupa la proximidad del cincuentenario platense y parecería que miden, por vez primera, el medio siglo trascurrido. El ex empleado vuelve a suspirar:

—¡Cincuenta años!

Y uno de sus amigos agrega:

—La edad que hubiera cumplido mi primer hijo. Murió dos meses antes de la fundación.

Y otro:

—También es la edad de mi hija mayor, que ya es abuela. Nació en Tolosa, poco después de fundarse La Plata. Creció con la ciudad...

Y la ciudad, la gran ciudad que rodea a esa tertulia crepuscular de "vecinos fundadores", adquiere para ellos, repentinamente, una intimidad doméstica. ¿Qué importa su extensión, sus cambios sucesivos, su renovación incesante? Ellos la miran paternalmente. Es la criatura que vieron nacer, crecer y multiplicarse. Es una hija mayor que les ha dado larga descendencia. Y en la ternura del recuerdo, la gran ciudad se aniña ante los ojos de los patriarcas...

EPÍTOME URBANO

LA ciudad geométrica, nacida del tiralíneas de los ingenieros, pasó del plano al terreno. La cuadrícula con sus diagonales y sus plazas dió un repentino afloramiento a la llanura y una capital suntuosa a la provincia. Todo fué previsto por los calculistas. Dentro de aquella regularidad matemática no cupieron sorpresas. En vano se buscará la calleja y el callejón, la trampa de un sal-si-puedes y el murallón de un por-aquí-no-pasas.

A tan admirable previsión debía corresponder, lógicamente, una denominación... numérica. Y en efecto: las calles amplias, rectas, equidistantes, de la ciudad geométrica, se llaman, de N. O. a S. E., 1, 2, 3... 14, 15, 16...; y sus trasversales, 40, 41, 42... 50, 51, 53...

¡Oh, escarnio! ¡oh, venganza de un trasgo urbanista! La calle 52 ha sido escamoteada...

EL Plata muestra su horizonte marino a las más altas torres de la ciudad. Playas extensas lo separan de la tierra boscosa. Pero el agua la surca en arroyos culebreantes y la abraza en isletas selváticas. La canoa dormita al pie del embarca-

dero; la red cubre la choza del pescador. El mundo se empequeñece. Los pabellones umbríos ignoran la vecindad de las naves de guerra que congrega el apostadero. El sauce cabizbajo no sospecha el mariposeo del yate en el "río como un mar"...

AUN no había automóviles en la ciudad. El velódromo abría su cráter de anchos bordes entre un matorral del viejo Bosque. Los ciclistas pedaleaban allí jubilosamente, consolándose de las penurias del empedrado infernal. Pero llegó el asfalto. Desapareció el velódromo. Y las bicicletas, como hormigas desalojadas, invadieron las calles lisas y blancuzcas...

DE aquel Bosque, aquí diezmado, allá arrasado, poco sobrevive. Quedan algunas filas de eucaliptos, altas columnas franjeadas, que abren, cerca de las nubes, sobre la masa de los follajes, umbelas de finos radios. Queda un pequeño robledal; en noches de luna, al pie de los troncos esbeltos, alguien ha visto cuadrillas de geniecillos barbados cargando bellotas. Quedan sauces penitentes a los que la engañosa proximidad del lago ha hecho inclinar los troncos hasta el suelo, cual si estirasen el cuello con sed de tántalos. Y quedará, probablemente, algún tala perdido; y aromos desdeñados por las hachas. Pero los cipreses debieron de incorporarse en un momento de replantación

ornamental, como los recientes palos borrachos, toneletes poco ventrudos todavía, mas ya vestidos de gala por sus flores.

Vecinos al parque, en la plazoleta Rivadavia, pequeña ágora de grandes y exóticos ejemplares, os reciben los cedros monumentales: nivelan sus aleros de pagoda en hiladas que suben hasta las cumbres cónicas y aseguran la paz — ¡a dos pasos del Departamento de Policía! — la paz del espíritu, en la ciudadela vegetal. Mas si queréis espolvorearos de cielo, id a la plaza San Martín, donde el jacarandá más bello y pródigo de la población se desnuda cerca de una galería de magnolias.

Acacias, tipas, paraísos, plátanos, áceres, flanquean calles y calles de la ciudad. Alguna se engalana con olmos, otra con fresnos. Eran los balsámicos tilos privilegio de una sola avenida — *Unter den Linden* —; ahora se alínean vulgarmente en otras. Palmeras y laureles se hermanan en jardines públicos y privados. Veréis, en barrios distintos, el ramaje simétrico de las araucarias. Y en cierto lugar céntrico, sobre la verja ruinosa de un rincón de selva, osado alcornoque asómase a la calle y brinda su sombra al transeúnte...

EL fundador de la Universidad Nacional necesitó defenderla más de una vez, en el Congreso, de acusación siempre infundada: la falta de alumnos. El exceso pudiera ser ahora pretexto para otra guerrilla parlamentaria. Ocho mil estudiantes — desde las primeras letras hasta los

doctorados — llenan actualmente sus aulas, sus gabinetes, sus laboratorios, sus talleres...

SI pasáis en altas horas de la noche junto a ese parque habitado del que surgen cúpulas aisladas, id en silencio para no ahuyentar a los astros. Ahí adentro, ocultos en sus trincheras, con armas de largo alcance, cazadores siderales exploran el firmamento...

EN las vecindades del Foro, cuajadas de chapas profesionales, todas las puertas del barrio sonríen al transeúnte con dentadura de oro.

LAS quintas en estío, los "cigarrales" de antaño, a corta distancia de la ciudad, con sus casas holgadas, sus rumorosas casuarinas, sus huertas, sus viñedos. En el comedor sombrío, con frescura de cántaro, zumbaba el moscardón atolondrado; en el corredor, junto a la mecedora, resollaba el perro; alborotaban los pájaros entre las ramas. Y en torno, como un cerco natural, el silencio radiante de la mañana, el silencio bullente de la siesta, el silencio aterciopelado del crepúsculo...

El camino sin bocinas. La soledad sin *dial*. El amor sin *jazz*...

AL festejado cincuentenario de la fundación de la ciudad-capital, suceden, dentro del trienio, las celebraciones del medio siglo de vida del Observatorio astronómico, del Museo, de la Biblioteca, del Colegio secundario, originariamente provinciales. Se incorporaron a la Universidad Nacional veinte años después de ser fundados y en pleno desarrollo. La Universidad ahonda con ellos sus raíces platenses hasta una profundidad que roza los cimientos de la urbe que la contiene. Y la "ciudad universitaria" parece así gemela de la misma ciudad-capital.

INDICE DE FIGURAS Y NOMBRES PERSONALES

INDICE

BIBLIOTECA HUMANIDADES

VOLÚMENES APARECIDOS

I. *El lenguaje interior y los trastornos de la palabra*, por Enrique Mouchet, con Introducción por Ricardo Levene, 1 vol.

II. *Historia de la historiografía argentina*, por Rómulo D. Carbia, 1 vol.

III. *Elementos de neurobiología* (primera parte), por Chr. Jakob, 1 vol.

IV. *La teoría del conocimiento*, por Alfredo Franceschi, 1 vol.

V. *Reconstrucción y versión poética de "Edipo Rey"*, por Leopoldo Longhi, 1 vol.

VI. *Filología y estética*, por Juan Chiabra, 1 vol.

VII. *Estudios de literatura española*, por Juan Millé Giménez, 1 vol.

VIII y IX. *Investigaciones acerca de la historia económica del Virreynato del Plata*, por Ricardo Levene, 2 volúmenes.

X. *Las ideas religiosas y morales en el teatro de Sófocles*, por José R. Destéfano, 1 vol.

XI. *Bergson* (*exposición de sus ideas fundamentales*), por Ernesto L. Figueroa, 1 vol.

XII. *Escolios y reflexiones sobre estética literaria*, por Carmelo M. Bonet, 1 vol.

XIII. *Rubén Darío y su creación poética*, por Arturo Marasso, 1 vol.

XIV. *La crónica oficial de las Indias Occidentales*, por Rómulo D. Carbia, 1 vol.

XV. *Instituciones sociales de la América Española en el período colonial*, por José Mª Ots, 1 vol.

XVI. *La ciudad del bosque*, por Rafael Alberto Arrieta, 1 vol.